

# La Ilustración Artística

Año XIX

BARCELONA 12 DE FEBRERO DE 1900

Núm. 946

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL MEJOR PARROQUIANO, dibujo de Fernando F. de la Mota



# SUMARIO

**Texto.**— *La vida contemporánea. Laberintos*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos. Javier de Burgos*, por Kasabal. — *Crónicas parisienses. Las sentinas del barrio Maubert*, por Juan B. Enseñat. — *Guerra anglo-boer*, por A. — *Nuestros grabados. Miscelánea. Problema de ajedrez. El obstáculo*, novela ilustrada (continuación). — Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

**Grabados.**— *El mejor parroquiano*, dibujo de Fernando F. de la Mota. — *Javier de Burgos*. — Tres dibujos de Olegario Junyent que ilustran el artículo titulado *Crónicas parisienses. Las sentinas del barrio Maubert*. — *La última corona*, cuadro de E. Herpfer. — *Guerra anglo-boer. El sitio de Mafeking. Tienda de campaña en el campamento inglés*. — Los generales *Neville Gerald Lyttelton, Sir Carlos Warren, E. R. Woodgate* y el coronel *Lord Dundonald*. — *El sitio de Mafeking. Efectos de un proyectil arrojado por los boers. Efectos de un proyectil arrojado por los ingleses en una granja boer de Jastfontein*. — *Soldados ingleses pescando en un río. Sistema de los boers para hacer descarrilar los trenes. La recolección del maíz en Vigo*, cuadro de Francisco Pradilla. — *Crisantemos*, cuadro de Carlos Pellicer. — *La bayadera*, cuadro de José Echeña.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### LABERINTOS

O hay espectáculos que dependen de la época en que se verifican, y no son concebibles, fuera de aquella época misma, en ninguna otra, ó lo que nos cuentan del Circo Romano es fantasía y hablar por hablar. Desde hace tres ó cuatro años se intenta aquí aclimatar la diversión de las luchas de fieras, y no se consigue, no porque la piedad y el horror á la sangre y á la carnicería lo impidan, sino buenamente porque la lucha... no sale. Ya es un león que se acocquina y se mete en los rincones, depuesta su ferocidad y todo acongojado y medrosico ante los cuernos del toro; ya es una pantera que parece un gato, y gato manso, de los que al amor del brasero roncan cerrando los ojos; ya una hiena de excelentes sentimientos, afiliada acaso á las Ligas de la paz; ya un oso que se limita á bailar, haciendo méritos para lucir el frac rojo, en vez de acometer y de estrechar con su mortal abrazo al enemigo. La creación se pone mansa; la fauna pierde sus bríos y su fiereza; ya no hay animales de esos que en la Edad Media, entre el simbolismo de los Bestiarios, asomaban vomitando fuego, incendiando con su aliento, tragando con sus bocazas á la gente. — Y por eso no cuajan las luchas del circo redivivas.

\* \* \*

Mala cosa es la mansedumbre. Pone triste ver á un león que se humilla, que tiembla y mete la cola entre las zancas. La imaginación asocia la actitud del gran felino á ideas bien tristes. De humillaciones de león está tejida la tela de nuestras desgracias. Por eso no quiero asistir á semejantes peleas, en las cuales falta el elemento artístico de la vieja Roma y sólo aparece el industrialismo de los modernos tiempos.

\* \* \*

Un espectáculo curioso y de carácter más bien científico que artístico, aunque de invención española, es el *Laberinto árabe*, que estos días se exhibe en el *Teatro Moderno*. El origen de los laberintos se pierde — como diría algún sabio de celuloide — en la más remota antigüedad. Los primitivos laberintos eran cementerios subterráneos, cruzados por calles, callejuelas y encrucijadas, y de esta forma sepulcral ya extinguida son todavía rezagos las Catacumbas, en las cuales el viajero se perdería á no guiarle, con sus cerillas encendidas, el capuchino práctico ya en conocer las reviravoltas y complicaciones de la red. El enorme laberinto egipcio permanece sepultado bajo tierra, como uno de tantos problemas arqueológicos, que algún día quizás saldrán á luz, al practicarse excavaciones ó cuando la casualidad lo quiera, pero que por hoy ni aun hay modo de sospechar cómo han de esclarecerse. El tal laberinto era inmenso, y contenía vías, templos, pórticos, escalinatas, colosos, cuanto sabía encerrar en las entrañas de la tierra el pueblo que construyó las Pirámides. Y ahí estará ese laberinto, soterrado, oculto, guardándonos revelaciones que harán la felicidad de los futuros investigadores... El misterio de los laberintos de la antigüedad es psicológico y literario. El de Creta, el más famoso, el que más habla á la imaginación, sólo en ella ha existido. Es un laberinto fabuloso entera-

mente: es el alma humana, llena de complicaciones y de abismos. Es Fedra, el delirio sentimental, la gran víctima de la pasión — personaje que la Edad moderna no ha sabido concebir, y que tiene la sublimidad de las épocas primitivas, allá cuando el deseo y el remordimiento eran fuerzas iguales. ¿Qué importa que el laberinto no haya existido jamás? Son verdad, verdad terrible, Fedra y Pasifae, la calcinada sangre maldita por Venus, la raza fatal consumida por llamas nefandas y horribles. Y ese oscuro laberinto, prisión de monstruos, del cual no acertaba á salir el mismo que lo había trazado, es Psiquis, ¡ay!, Psiquis, la Psiquis sombría que no admite explicación ni posee clave, la profundidad no iluminada por las antorchas, el eterno secreto, la desesperación del moralista, el tesoro del artista, que de ese seno profundo extrae perlas.

\* \* \*

Vuelvo al laberinto árabe. En este no hay nada que asuste, y sin embargo advierto esa impresión de fatiga nerviosa que prepara el camino á los fenómenos hipnóticos. Está hecho el laberinto por medio de una combinación de lunas de espejo, y una red de galerías sostenidas en columnas árabes, del estilo de la Mezquita de Córdoba. El laberinto es reducido; ocupa poco espacio, pero la gracia de la construcción está en que parece ocupar mucho, y á sus galerías no se les ve el fin. Nadie creerá que siendo tan chico parezca tan difícil orientarse en él y buscar la salida. Ello es que así sucede, y que hasta hoy no sé si alguien ha logrado resolver el enigma propuesto á los que en el laberinto entran, aunque sin la sanción penal de ser devorados por el Minotauro.

Las lunas de los espejos, colocadas hábilmente, copian y devuelven la imagen de los visitantes del laberinto, multiplicándola de tal manera, que ocho ó diez personas que allí se reúnan parecen una inmensa muchedumbre que por pasadizos sin término afluye á un punto central. Un perrillo se convierte en veinte ó treinta perrillos que corretean por todas partes, y marean y aturden con sus saltos, de fantástica rapidez. Hay un rincón ó gabinete que se llama «de los Enamorados», porque desde él se ve venir á la misma persona cien veces, desde cien puntos distintos, pero en igual dirección: hacia la otra persona que aguarda en el gabinetito, y cuya retina se llena de aquella imagen, como se supone que está lleno de ella el corazón. Ilusión verdaderamente amorosa, esa aparición continua del mismo ser en todos los ámbitos del espacio. A los que pretenden salir del laberinto se les lleva á una cámara que tiene doce puertas, de las cuales sólo una conduce afuera. Y nadie tiene el acierto de empujar la puerta dichosa, la puerta única.

\* \* \*

Este laberinto geométrico, con sus combinaciones de óptica que ayudan á confundir los sentidos y á trastornar la cabeza, me recordó mil cosas de la niñez: las quintas y casas de campo en que jugué y corrí con la chiquillería, los primos, las primitas, los amigos de los primeros años. Había laberinto entonces, como ahora, infaliblemente, hay campo de *lawn tennis*. Eran los laberintos campestres de antaño hechos de mirto, y bustos y estatuas de yeso guarnecían sus bosquetes y templetos pseudo-mitológicos. Solíamos apostar á quién salía primero del laberinto; y la verdad es que allí no tenía la empresa nada de difícil. Aquellos laberintos eran la inocencia misma, el candor vegetal. Las paredes verdes se estrechaban al eco de las carcajadas; el follaje retemblaba al paso de la tropa alegre y jubilosa que se perseguía, empujándose ocultándose, volviendo á abrirse camino, y aun brecha, entre las ramas desgarradas. Y un olor fresco, amargo, floreal, impregnaba las ropas, mientras las hojitas charoladas del mirto se quedaban presas en los sueltos cabellos ó en las trenzas de las mayorcitas — entonces el pelo se entrenzaba desde los diez años ó antes.

\* \* \*

Ya los laberintos de árboles son una cosa arqueológica, tan arqueológica como los otros laberintos de Egipto y Creta. Procedían de la jardinería francesa, acompasada y regular y decorativa, de la época de Luis XIV, y llegaron aquí con el retraso con que todo suele llegar, retraso de más de un siglo. Venían en derechura de Versalles y Choisy; y traían el maridial y el asunto de país de abanico, á nuestras severidades escurialenses, á las graves arideces de los fondos de Velázquez y Ribera. Idea infantil y afeminada la del laberinto francés, aquí cundió, sin arrai-

gar. Y era más poético aún nuestro Generalife, con sus calles de arrozales y las sorpresas de sus graciosos surtidores de agua, que esas marañas discurridas por Leclerc y adornadas con redondillas galantes, fuentes de mármol con tritones y driadas y fabulillas de Lafontaine, inscritas en zócalos y recuadros color de rosa, por los cuales trepan las enredaderas salpicadas de blanquecina flor.

\* \* \*

Al lado del laberinto hay un panorama de Jerusalén, muy bien presentado, tanto que produce la ilusión de un circuito extensísimo, y en realidad, como el laberinto, ocupa poco trecho. Algo semejante he visto en París, en la época de la última Exposición: un panorama de la guerra franco-prusiana. Aquél, entre la ensangrentada nieve, presentaba hileras de cadáveres y huellas de incendio; éste nos lleva al bendecido Portal y á las dulces puerilidades de la mística Noche. Los adelantos de la ciencia en sus aplicaciones á estos espectáculos son aquí casi desconocidos. Apenas empiezan á popularizarse los cinematógrafos, los fonógrafos, los grafófonos, los kalidoscopios, todos esos recreos con nombres griegos, que en el extranjero se encuentran á cada paso.

¿Vale decir verdad? Me fastidian esas invenciones. Me fastidia el cinematógrafo, con su parpadeo y su temblequeteo y su pase de chispas continuo; me fastidia el fonógrafo, con su ronquera metálica y su resuello fragoroso de persona que tiene asma; me aburre el grafófono, el kalidoscopio me deslumbra, y sólo cuando no tengo más remedio me acerco á esos juguetes de la ciencia, reñidos con el arte, con el bello reposo y la emoción intensiva que el arte proporciona.

\* \* \*

Son juguetes, sí; juguetes de niños. No sale de esos juguetes una idea, un sentimiento, una palpitación del corazón, un movimiento del alma. Se ven, y pasan sin grabar un recuerdo, ni excitar la ternura, como la excitan las muñecas, ó el valor, como lo excitaban los caballos y los soldados de plomo. No entran, digámoslo así, en el alma de la niñez. Y los grandes tampoco sacamos de allí más que cansancio. Conozco que no se han hecho para mí tales invenciones, y huyo de ellas lo más lejos posible. Me hacen el efecto de un problema de ajedrez, juego á que nunca he podido dedicarme, por no entenderlo. Todo aquello en que entra un elemento matemático es contrario á mí. No poseo esa cosilla; no me presto á esa gimnasia intelectual. Y así es que admiro mucho á los jugadores de ajedrez, aunque sean autómatas.

\* \* \*

¡Dios os preserve de la *grippe*! Es el azote que ahora cae sobre Madrid, y creo que sobre Barcelona todavía con mayor fuerza y violencia. Mucha desinfección, mucho ejercicio, sobriedad, nada de disgustos... y la *grippe* está vencida. Es un enemigo que sólo ataca las plazas desmanteladas.

EMILIA PARDO BAZÁN

### PENSAMIENTOS

Hay cuestiones que tienen el privilegio de unir á los hombres más divididos y de dividir á los más unidos.

FRANCISCO CHARMES

Hay quien puede vivir sin pan y no puede vivir sin ilusiones.

TEÓFILO GONSE

La terquedad es la maldad de los buenos.

VÍCTOR HUGO

La gran miseria de estos tiempos es no saber ser pobre.

J. MICHELET

Sólo se disfruta de la felicidad, como de la salud, por contraste.

G. RODENBACH

Otras épocas han tenido fanáticos é incrédulos; la nuestra tiene sus ateos devotos y sus escépticos intolerantes.

— De todas las uniones la más sujeta al divorcio es la del deber y la pasión.

— La verdadera sensibilidad consiste en compadecer las miserias de que uno está exento.

— El ingenio francés se complace en apreciar tanto el lado serio de las cosas frívolas cuanto el lado frívolo de las cosas serias.

— Cuanto más los progresos de la ciencia y de la industria aproximan las naciones, tanto más parece que las separan las ideas y los intereses.

— Nuestra amistad hacia un pueblo se aviva siempre con nuestro odio hacia otro.

G. M. VALTOUR





JAVIER DE BURGOS

Si algún hombre puede confirmar el conocido adagio que dice que el hábito no hace al monje, es el saludísimo y popular sainetero D. Javier de Burgos, al cual puede aplicarse también con exactitud la frase que aconseja no fiarse en las apariencias.

Por su aspecto serio y austero cualquiera le tomaría por un grave magistrado; la levita negra que por regla general viste, el sombrero de copa que rara vez abandona, los lentes que dan autoridad á su semblante enjuto y un tanto hosco, todo hace pensar en el hombre de la toga más acostumbrado á la interpretación de las leyes que á expresar regocijados chistes en fáciles é inspirados versos.

Bien es verdad que, como dice otro refrán, quien lo hereda no lo hurta, y Javier de Burgos es hijo de un honrado é íntegro magistrado que murió ocupando dignamente la presidencia de la Audiencia de Manila.

Pero del autor de sus días no heredó más que el aspecto, porque bajo la apariencia de severidad se oculta el hombre más alegre, el carácter más expansivo y el corazón más inclinado á la benevolencia y al afecto que ha nacido en la tacita de plata, en el relicario de la virgen del Rosario que se conoce con el nombre ilustre y glorioso de ciudad de Cádiz.

Fué esto, es decir, el nacimiento de Javier de Burgos, allá por el mes de agosto de 1842, y no hay que extrañar por lo tanto que el padre de tantos sainetes que son delicia y regocijo del público tenga hijas casadas y nietos que causan la delicia del abuelo.

Quisieron que siguiera éste cuando era muchacho la carrera de ingeniero; pero no es aventurado suponer que el corte de piedras, las ecuaciones y los cálculos no se amoldaban bien con la afición al estudio de las costumbres populares, al análisis de los tipos que salían á su paso, al instinto dramático y á las expansiones de poeta del que había de ser el don Ramón de la Cruz de la tierra en que ha nacido.

A Madrid vino de muy joven, y en aquella memorable redacción de *El Contemporáneo*, dirigido por Albareda, redactado por Fabre, por D. Alejandro Llorente, por Fabié, por Correa, por Bécquer, se encontró como en su casa el muchacho gaditano, que intimó, como es natural, con los que tenían su edad y sus aficiones y fué inseparable del regocijado autor de *Rosas y Perros* y del malogrado poeta de las *Rimas*.

Desde aquella época es ya familiar en los círculos literarios y en las tertulias de hombres distinguidos de Madrid la figura de Javier de Burgos y comienza su fama, nunca desmentida, de narrador admirable, de cuentista ingenioso y de hombre de conversación amena, cuyo trato se busca considerándole como un deleite.

Dirigió durante una temporada *La Palma de Cádiz*, y coincidieron con sus trabajos periodísticos sus primeras obras dramáticas, que acogidas con gran éxito, le marcaron el camino que debía seguir.

Fué éste el de la literatura cómico-dramática para el que pocos autores contemporáneos han demostrado mejores condiciones. Conoce á fondo las ridi-

culos y defectos del prójimo para sacarlos con donaire á la escena, y todos sus tipos están tomados de la vida real y son de carne y hueso, como el célebre maestro de baile Luis Alonso.

En Cádiz fué donde primero se dieron á conocer las *cursis*, y Burgos ha sacado gran partido de ellas en la escena.

Muchos de sus sainetes tienen un pensamiento serio, como el de *Los valientes*, y de pintor de costumbres se ha acreditado en Cádiz, una de sus producciones más celebradas y conocida de seguro por todos los españoles.

Su ingenio es inagotable, y como á pesar de sus apariencias de holgazán es muy trabajador, ha escrito mucho, siendo muy numerosas y de gran variedad sus producciones.

Decuellan entre ellas *Las cursis burladas*, *El censo de población*, *Aguas minerales*, *Política y tauromaquia*, *Los cómicos de mi pueblo*, *Cómo está la sociedad*, *Una noche buena*, *Las visitas* y muchas otras.

Una de las que le han dado más fama ha sido *El novio de doña Inés*, que se representa todos los años por noviembre tantas veces como el *Tenorio* de Zorrilla.

*Luis Alonso* fué uno de sus mayores éxitos y *Cádiz* ha contribuido poderosamente á su fama.

No se podrá estudiar la vida íntima del Madrid alegre de aquellos felices años de paz y de reposo que siguieron á la restauración de D. Alfonso XII, sin conceder una gran atención á *La Farmacia*, sociedad establecida en el entresuelo del café Fornos por unos cuantos hombres de ingenio y de buen humor, que eran impenitentes trasnochadores.

Literatos, artistas, militares, propietarios, políticos, pertenecieron á la sociedad famosa, y alma de ella fueron el inolvidable Felipe Ducazal y el regocijado é insigne Javier de Burgos.

Allí recitó sus mejores cuentos en verso, sus fábulas y apólogos, que son famosos, y allí en fin ha derrochado su ingenio.

Pudiera creerse por esto que el popular escritor es un hombre de *huelga* y de *jarana*, y no se estaría en lo cierto; pues sin que le disguste echar, como vulgarmente se dice, una canita al aire y beberse, en compañía de unos amigos, unas *cañitas* de manzanilla buena de Sanlúcar para remojar las *cañailas* ó las *bocas* de la Isla, es hombre de costumbres morigeradas y lo que se llama un buen padre de familia.

En medio de Madrid ha encontrado una casa con azotea que ha llenado de tiestos de plantas y de flores, para que no le falte ni el toldo de enredadera ni las rosas de *pitimini*, ya que no puede lograr el anhelo de tener siempre á la vista las ondas del mar que meció su cuna.

A Cádiz le profesa verdadero culto y para ir á Cádiz está siempre dispuesto.

Los años pueden haber envejecido su cuerpo, pero no han quitado la lozanía á su espíritu, sobre todo cuando escribe para el teatro, y sus piezas de hoy obtienen el mismo éxito que las de ayer.

En su trato, aunque siempre es amenísimo, se nota esa melancolía á la que no pueden sobreponerse los que han visto partir para el viaje de que nunca se vuelve á amigos muy queridos.

Bécquer, Ramón Correa, Felipe Ducazal, Rafael Calvo, han ido dejando muy solo á Javier de Burgos, que ya no trasnocha tanto como cuando ellos vivían; sin embargo, no le falta humor para lanzar un camelo al lucero del alba y para hacer variaciones con su segundo apellido Larragoite.

El Sr. de Larragoite es el hombre más serio del mundo, que lleva dentro una caja de música con sonatas deliciosas, y esto es Javier de Burgos, un hombre muy serio que ha hecho reír mucho, en el buen sentido de la palabra.

KASABAL

CRÓNICAS PARISIENSES

LAS SENTINAS DEL BARRIO MAUBERT

Serían las ocho de la noche del último sábado, cuando Olegario Junyent acudió con puntualidad á la cita que yo le había dado en una cervecería *artística* de las inmediaciones del Chatelet, para ir á visitar juntos la parte vetusta del barrio Maubert, objeto de esta crónica, que el joven artista se había encargado de ilustrar.

Desde luego entramos en materia, entablando en el camino una conversación que puede servir de artículo preliminar.

\*\*\*

— Difícil sería descubrir en el París viejo algo que no haya sido divulgado por el lápiz ó la pluma, decía el dibujante.

Y yo sostenía que dentro de lo vetusto de la gran ciudad, siempre hay algo nuevo que descubrir, porque si bien el escenario no cambia, la comedia ó el drama y los actores se renuevan siempre.

— El París pintoresco y patibulario no reveló todos sus secretos á Fregier, ni á su continuador Maxime Du Camp, como no ha iniciado en todos sus misterios á los actuales novelistas de folleín. Algo inédito queda siempre que observar.

— Lo celebro por los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

— Hace veinte años que estudio París, publicando en libros y periódicos mis observaciones sobre sus costumbres, y nunca se me agotó esta materia, ni creo que me haya faltado jamás la atención de mis lectores.

— Cuanto encierra esta Babilonia excita vivamente la curiosidad de todo el mundo.

— Pero ya no satisface por completo el París opulento y refinado del *boulevard*, de los espectáculos y de los salones. Hartos de placeres refinados, los curiosos buscan emociones violentas. Y aunque no sea más que en imaginación, les gusta visitar los antros inmundos en que pululan los seres más abyectos. El oído, cansado de la cortesanía de los salones, escucha con extraña complacencia las brutalidades del arroyo. El grosero lenguaje de los rufianes y de las mujerzuelas es para muchos una novedad que desempalaga de la melindrosa palabrería de coquetas y gomosos.

La causa de ese gusto extraño se explica fácilmente. La publicidad de tantos crímenes célebres y la difusión de la literatura naturalista han despertado el deseo de conocer en la vida real lo que se lee en el periódico y en el libro.

Zola y muchos novelistas de su escuela han descrito, hablando de París, una ciudad misteriosa, subterránea, nocturna, casi fuera de la ley, oculta en las sombras del París brillante y lujoso; ciudad de malhechores, mendigos y vagabundos, catalogados por la policía bajo apodosos significativos. Es, pues, muy natural que los forasteros curiosos y ávidos de emociones fuertes, quieran ver con sus propios ojos los bailes, las tabernas, las sentinas en que viven los héroes de tantas historias reales ó novelescas.

No puede usted figurarse el número de magistrados observadores, de altezas errantes, de majestades incógnitas que visitan esos misteriosos centros de la corrupción parisiense.

— ¿Se atreven á exponerse?

— El prefecto de policía les hace acompañar por algún agente de confianza ó por el jefe de la seguridad en persona.

— A mi vez, deseo ya conocer esos sitios ignorados y peligrosos.

— Yo se los haré visitar, y usted, lápiz en ristre, apuntará los rasgos más característicos de esa última

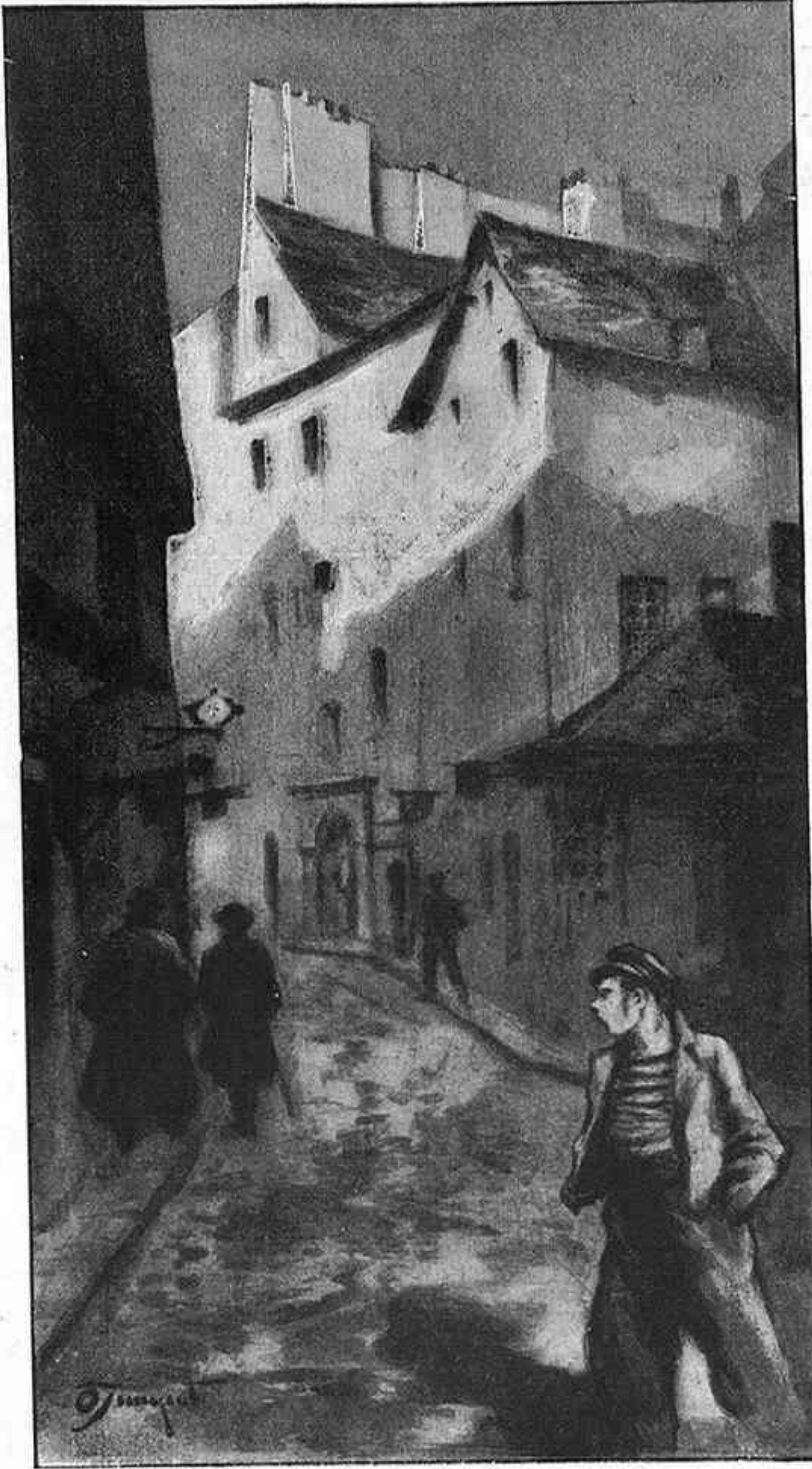


capa de la sociedad parisiense y de sus curiosas costumbres.

- Tal es mi propósito.

- Justamente hoy es sábado, día en que la masa obrera cobra la quincena ó la semana, y el espectáculo será más interesante que nunca.

Así hablando, habíamos atravesado la Cité y el puente de San Miguel. Cinco minutos después, penetrábamos en el barrio Maubert por las calles de la Huchette, Zacharie y Saint-Severin.



Veo gente de mala catadura que nos observa

- Veo gente de mala catadura que nos observa con recelo, dijo de pronto el artista.

- Ahuyentaremos á más de un criminal con nuestra sola presencia, repliqué yo, porque estarán en la duda de si somos curiosos ó agentes de la policía secreta. Esos pájaros no se dejan cazar fácilmente. Tienen buen oído, buen olfato y mejor vista. Para cogerlos, hay que cazarlos á la espera, sorprenderlos de improviso, en un momento de descuido. Y estos momentos suelen ser brevísimos como una exhalación. El menor indicio les advierte que se les sigue la pista, y desaparecen como por encanto.

- Pues no me explico cómo pululan en este barrio, tan cerca de la prefectura de policía.

- Esto se explica por esa atracción misteriosa que ejerce siempre el peligro sobre el espíritu inquieto de los criminales. Muchos de los asesinos caídos más ó menos tarde en poder de la justicia, confesaron haber estado en la Morgue á ver si el cadáver de su víctima se hallaba expuesto en el depósito judicial. La proximidad de la prefectura no impide que este barrio sea el cuartel general de una infinidad de perdidos y malhechores. No habrá aquí todas las variedades de la especie, pero abundan los ladrones, los mendigos y los vagabundos. ¿Ha leído usted á Eugenio Sue?

- Sí.

- Pues aquí verá usted á los descendientes de la plebe grotesca del Conejo-Blanco, emigrados á la margen izquierda del río desde el saneamiento de la vieja Cité.

Hace pocos años, este barrio era todavía un dédalo de callejones tortuosos, sucios, truncados, sin luz y sin aire, con casas polvorientas, inseguras y miserables, adosadas á viejos caserones de venerable aspecto, con patios llenos de inmundicias y tenduchos que daban náuseas con sus fétidas emanaciones. Hoy ha mejorado con la apertura de varias calles y la reconstrucción de viejas casuchas demolidas. Pero aún conserva antiguos restos que recuerdan interesantes episodios de la historia de París, y hacen pensar con tristeza en los miles de habitantes que vivían en la

obscuridad y en la infección de estos callejones, como moluscos en la humedad de rendijas y agujeros. En él abundan las tabernas y hosterías, sin que sea fácil distinguir de las decentes las que son antros de vicios y miserias.

Nos detuvimos delante de un viejo caserón de la calle Galande, sobre cuya puerta monumental se leía en gruesos caracteres dispuestos en forma de arco esta muestra: *Au Château Rouge*.

- Aquí tiene usted un castillo en que se ven cosas extraordinarias, dije á mi compañero.

- ¿Un castillo encantado, entonces?..

- Una taberna pudorosa, que oculta á los ojos de los transeuntes los atractivos embriagadores que encierra en sus muros pintados de almazarrón.

- Como si el pudor le enrojeara la faz.

- Eso es. Entremos.

El amo del establecimiento, que detrás del mostrador de cinc estaba sentado con la majestad de un rey en el trono, observando á sus parroquianos aglomerados en una ancha sala llena de humo, se levantó y vino á nuestro encuentro. Después de saludarnos cortésmente, dijo indicando una mesa:

- Aquí tienen ustedes dos sitios, caballeros.

- ¿No los hay en la «Sala del Senado?»

- ¡Ah! ¿Usted conoce ya la casa?

- Hace tiempo, y deseo iniciar á este amigo en las costumbres de su clientela.

- Pues si espera ocho días más, llega usted tarde, porque la semana próxima van á empezar á demoler la casa. Tengan ustedes la bondad de pasar. Yo me encargo de hacerles sitio.

Precedidos del tabernero, entramos en la sala contigua, que no era, como su pomposo nombre podría hacerlo suponer, ninguna dependencia brillante y lujosa del establecimiento. La «Sala del Senado» es simplemente una especie de trastienda, desprovista de todo adorno y alumbrada por dos mecheros de gas. Está reservada á los pájaros de cuenta. De este modo, los sabuesos de la policía no pueden llegar hasta ellos sin atravesar antes la vasta sala primera.

Nuestra llegada produjo en aquel curioso «senado» una viva sensación, que calmó en seguida un gesto de inteligencia del amo de la casa.

Sin embargo, los *senadores* nos miraban de reojo cuchicheando.

- A pesar del mudo aviso del tabernero, dije á mi amigo, no acaban de tranquilizarse.

- ¿Estaremos seguros?

- Segurísimos. Por si fuésemos agentes de la secreta, á quienes tienen un miedo cerval, no dejarán de mostrarse amables con nosotros.

Dos minutos después, estábamos sentados al extremo de una mesa.

- ¿Qué va á ser?, preguntó el amo.

- ¡Dos *bocks!*, á menos que estos señores se empuñen en que tomemos otra cosa.

Mi chuscada hizo reír á los parroquianos, que se la repitieron en voz baja de mesa en mesa. Después cada cual reanudó la conversación interrumpida, y pudimos observar los progresos de la embriaguez general, que aumentaba por momentos.

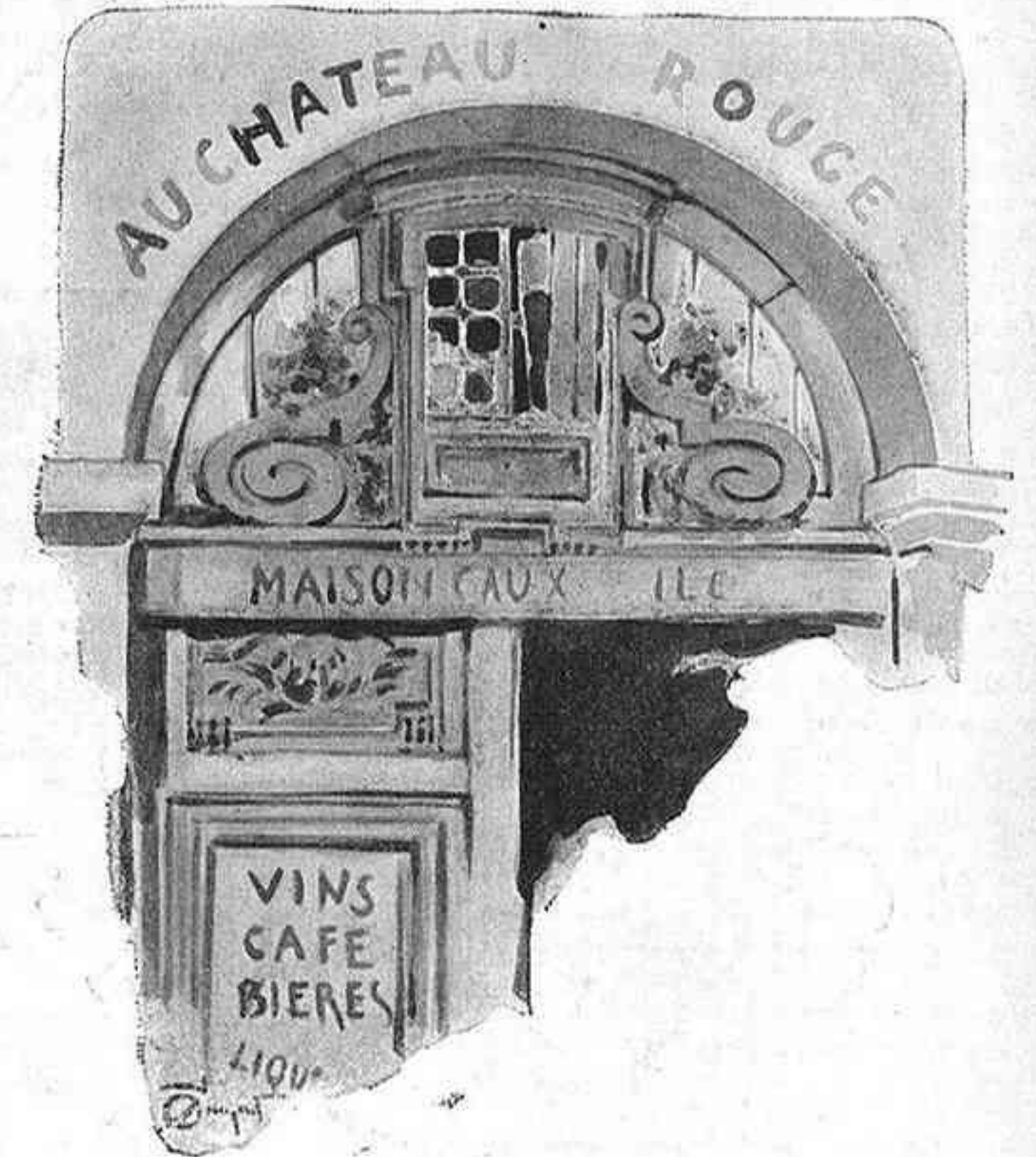
El aspecto de la sala era sumamente curioso.

Sentados en bancos y en sillas de paja, que son los únicos asientos del *Château-Rouge*, se confunden hombres y mujeres, en cuyos rostros lívidos se halla estampado el mismo embrutecimiento. Trajes sórdidos, blusas blancas y blusas azules, vestidos de algodón ó de lana, por lo general llenos de manchas, desgarrados y remiendos, cubren las macilentas carnes de esos sonámbulos del alcoholismo.

Sobre ese fondo uniforme de sencillez indigente, se destacan viejos abrigos de corte pretencioso, comprados ó robados en las prenderías, y faldas de seda

deshilachadas, por debajo de las cuales asoman enaguas rotas, de color indefinido, enlodadas con la porquería que han barrido en el arroyo.

En las muñecas de algunas jóvenes brillan braza-



Puerta de la taberna *Au Château Rouge*

letes de similar, dijes de un valor tan escaso, que pueden adornarse coquetamente con ellos sin despertar la codicia de sus «amigos.» El Monte de Piedad no presta sobre el *doublé*.

Todos piden de beber con voz sorda y gestos automáticos, dando puñetazos en las mesas:

- ¡Vino!

- ¡Cognac!

- ¡Absenta!

Y los camareros traen con amable desconfianza bebidas adulteradas, cuyo pago exigen en el momento de servirlos. Tal precaución se halla prescrita en este aviso escrito sobre la puerta: ON EST PRIÉ DE PAYER AUSSITÔT SERVI.

Los consumidores paladean á pequeños sorbos el veneno de sus copas. Poco á poco este veneno va estimulando sus nervios entumecidos y la vida vuelve á sus cerebros excitados. Los ojos apagados se encienden, las lenguas torpes se desatan y las conversaciones se animan hasta la exuberancia y el delirio.

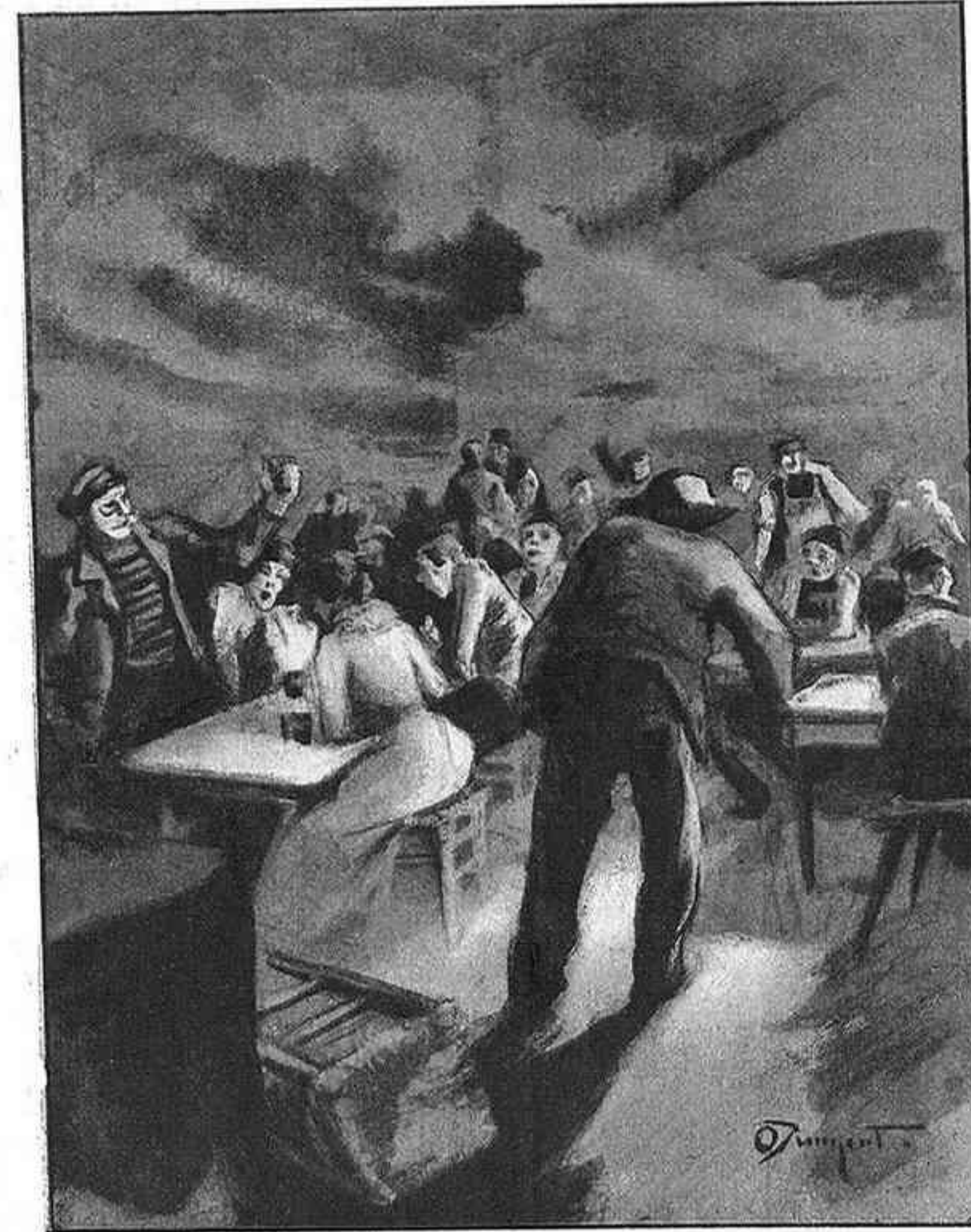
¡Qué cosas se dicen entre vecinos de mesa! La mayor parte de ellos refiere incidentes vulgares y ridículos de su bestial existencia, con alguna que otra siniestra aventura. Aquí, la narración, ampliada y gloriosa, de tal ó cual riña sangrienta, en que el narrador triunfó. Allí, la relación burlesca de alguna partida ingeniosa jugada á la policía. Acullá, historias de mozas apaleadas, de robos cometidos, de atracos frustrados, de toda clase de fechorías y horrores.

Todos concluyen por hablar á un tiempo, y las voces, cada vez más chillonas, se confunden en un espantoso clamor general.

Acá y acullá, se ve sin embargo algún parroquiano mudo, que mira sin ver, que escucha sin contestar y probablemente sin comprender, con los ojos extraviados y la boca abierta.

En algunos, esa postración proviene, en primer lugar, de que no han comido nada en todo el día. Su peculio no ha bastado para comer y beber, y ha preferido la bebida.

En las mujeres, la embriaguez es más pronta; ya



«Sala del Senado» de la taberna *Au Château Rouge*

en primer lugar, de que no han comido nada en todo el día. Su peculio no ha bastado para comer y beber, y ha preferido la bebida.

En las mujeres, la embriaguez es más pronta; ya





LIBRARY  
MARTIN  
BIBLIOTE

LA ÚLTIMA CORONA, cuadro de E. Herpfer



todas desatinan y titubean. Una vieja meretriz, que se ha levantado vacilante, va de mesa en mesa y abraza á los bebedores con sus brazos descarnados, jaspados y rugosos, recordando con repugnante cinismo su vida desenfrénada y loca, y vanagloriándose de haber estado en la cárcel más de veinte veces.

Una joven insensible, extraviada, medio loca, habla con estupidez de su vida gastada en la flor de la edad, del duro oficio que ejerce y que tendrá que ejercer hasta que vaya á morir en el hospital.

La aparición de un viejo trovador callejero, con su gaita á cuestas, aumenta la alegría de los que ya estaban alegres.

— ¡Que cante!  
 — ¡Sí, sí, venga una canción!  
 — ¡Una que tenga sal y pimienta!  
 — ¡No, no, que toque una polka!  
 — ¡Que nos haga bailar!  
 — ¡Y él también! ¡Que baile!

Las voces se confunden; la algarabía aumenta, y el gaitero opta... por beber.

En la mesa inmediata á la nuestra se ha renovado la parroquia. La ocupan ahora cinco rufianes que han pedido vino de Burdeos.

librados en las inmediaciones del Tugela por las fuerzas del general Buller y que terminaron con el de-

plementaria de las bajas sufridas en la jornada del 24 de enero que comprende 139 muertos, 392 heridos y 59 desaparecidos. Las de los boers fueron 53 muertos y 120 heridos.

El *Standard* de Londres, sumando los datos publicados por el ministerio de la Guerra hasta 31 de enero, dice que entre muertos, heridos, y prisioneros han perdido los ingleses en lo que va de campaña 9.660 hombres. Y como seguramente los datos oficiales no serán expresión exacta de la realidad, pues el *War Office* ha demostrado en varias ocasiones que sabe ocultar la verdad, cuando ésta pudiera resultar demasiado amarga, es de suponer que la cifra real y positiva será algo más elevada.

En la orden del día leída á las tropas el 29 de enero, después de los combates de Spionskop, decía el general Buller que tenía la llave de Ladysmith, en donde entraría antes de ocho días. Deeseo sin duda de hacer efectiva esta promesa, el día 5 de este mes hizo que sus tropas atravesaran de nuevo el Tugela por los vados de Pont y Molen. Las pocas noticias que acerca de este movimiento se han recibido en el momento en que escribimos estas líneas,



GUERRA ANGLO-BOER. — EL SITIO DE MAFEKING. TIENDA DE CAMPAÑA Á PRUEBA DE BOMBA EN EL CAMPAMENTO INGLÉS (de fotografía de J. Angus Hamilton)



EL GENERAL NEVILLE GERALD LYTTELTON



EL GENERAL SIR CARLOS WARREN



EL CORONEL LORD DUNDONALD

Son los aristócratas de esta hez social. Visten americana de terciopelo, chaleco de Bayona, sobre el que se destacan gruesas cadenas de reloj cargadas de amuletos, corbata de vistoso color y alta gorra de seda negra. Juegan á los naipes y se miran de reojo para impedir que se hagan trampas, amenizando la partida con una conversación sumamente curiosa. Pero hay infamias y horrores de tal naturaleza, que no es posible traducirlos en lenguaje decoroso.

La algarabía es enorme. Un vaho fétido, apestado por el aliento de los bebedores, llena la taberna. En un ángulo del «Senado» se oyen canciones sentimentales ó patrióticas; en otro se corean estribillos obscenos ó inmundos...

— A estas horas, dije á mi compañero, esa gente ha tomado sus resoluciones. Las hazañas de la noche están acordadas. Cada cual se aturde antes de dar el golpe. Ya estamos aquí de más.

Y salimos á la calle en dirección á la anchurosa vía Lagrange, donde, como si despertásemos de una pesadilla, respiramos con fruición el aire fresco de la noche. — JUAN B. ENSEÑAT.

GUERRA ANGLO-BOER

Es imposible saber á punto fijo cuáles fueron las pérdidas de los ingleses en la serie de combates

claras que las tales pérdidas debieron ser muy considerables: últimamente ha publicado una lista com-



EL GENERAL E. R. P. WOODGATE

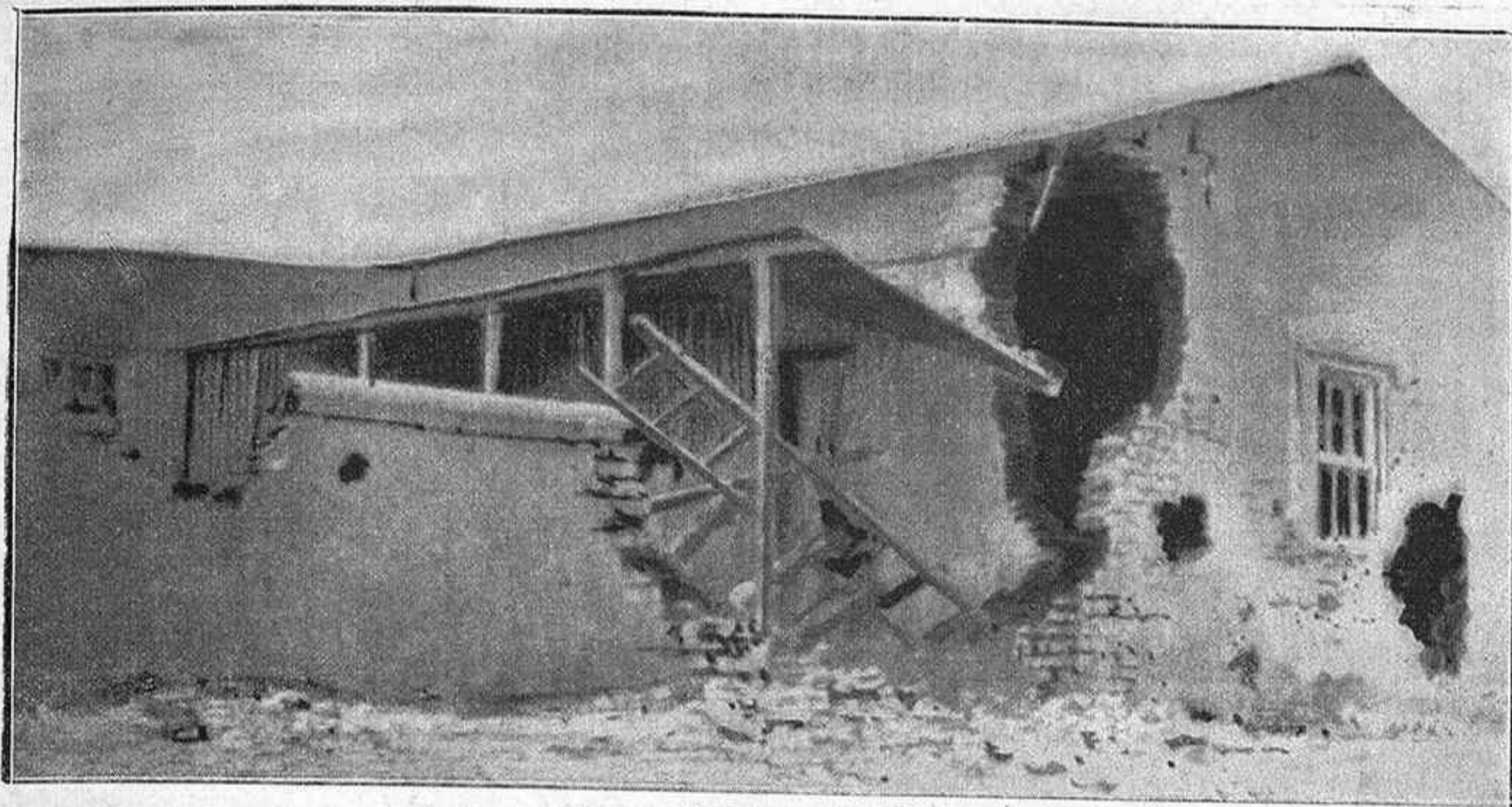
dicen que á las siete de la mañana los cañones de marina ingleses rompieron el fuego contra las posiciones de los boers. Estos rechazaron en el vado Pont al enemigo, que hubo de retirarse con grandes pérdidas; pero las tropas que pasaron por Molen lograron apoderarse, después de un encarnizado combate, de una alta colina que forma la continuación de la cadena de montañas de Brakfontein: el camino por este lado es el más corto para llegar á Ladysmith.

Si fracasa el nuevo plan del general Buller, que consiste en avanzar por la izquierda de las posiciones boers, la plaza de Ladysmith será abandonada á su propia suerte y se pondrá en práctica el del generalísimo Roberts de invadir el estado de Orange. Previendo esta contingencia el general Joubert, ha delegado al coronel Villebois-Mareuil para que organice la defensa por el lado de Colesberg.

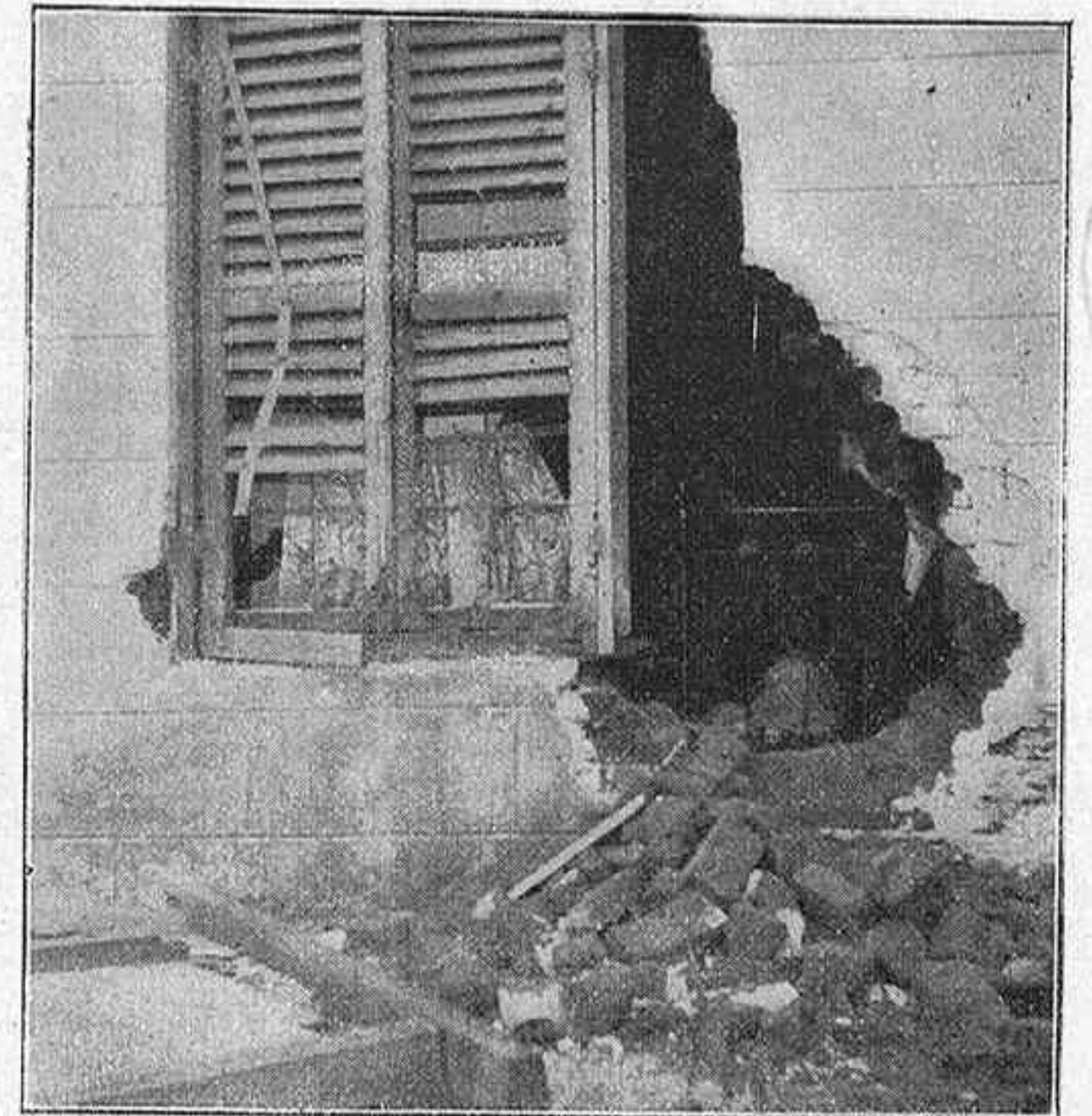
También, según parece, están amenazados los boers de un ataque por la parte de Zululandia, adonde ha sido enviada una columna inglesa para desde allí invadir el Transvaal. Mas los transvaalenses, de quienes puede decirse que están en todas partes y en ninguna se les encuentra desprevenidos, se han fortificado en una altura que domina el camino de Vryheid, población situada en la frontera Sur del Transvaal y muy próxima á Zululandia.

Hasta hace poco los generales Roberts y Kit-





GUERRA ANGLO-BOER. - EL SITIO DE MAFEKING. EFECTOS DE UN PROYECTIL ARROJADO POR LOS BOERS (de fotografía de J. Angus Hamilton)



GUERRA ANGLO-BOER. - EFECTO DE UN PROYECTIL ARROJADO POR LOS INGLESES EN UNA GRANJA BOER DE JASFONTEIN (de fotografía de Alfredo F. Hosking).

chener han permanecido en Cape Town esperando, al parecer, la llegada de refuerzos que permitieran organizar un poderoso ejército, necesario en su concepto para dar algunos golpes decisivos. Pero de pronto se ha sabido que habían abandonado aquella capital, ignorándose el día en que salieron de ella y la dirección que tomaron.

El gobierno inglés persiste en su resolución de enviar al Africa del Sur 100.000 hombres, á cual efecto se tomarán 40.000 de la *Militia Reserva*, se movilizarán en seguida nuevos batallones de voluntarios y se pondrá en vigor la *Militia Ballot Act*, en virtud de la cual todo hombre soltero de dieciséis á treinta años puede ser llamado á las armas por cinco años en caso de necesidad. A propósito de esto, se ha hecho observar que aun siendo fácil reunir estos 100.000 hombres, no ha de serlo tanto el encontrar jefes y oficiales para tan numeroso contingente, y por otra parte habrá de lucharse con la dificultad, señalada por un escritor militar inglés, que significa el tener que dar á aquellas fuerzas la proporción normal de artillería y caballería. Y si se tiene en cuenta lo sucedido al distribuir en Aldershot á la cuarta brigada de caballería las carabinas Lee Enfield, que resultaron tener un defecto de alza que las hace casi inútiles, bien podría ser que resultara otra dificultad no pequeña la cuestión del armamento de las tropas nuevamente organizadas.

Los boers han tenido un grave contratiempo: nos referimos á la explosión del arsenal de Johannesburgo; pero este suceso no tiene la importancia que en un principio se supuso, porque el arsenal que surte principalmente de municiones á los boers es una fábrica situada entre Johannesburgo y Pretoria.

Las plazas de Ladysmith, Mafeking y Kimberley continúan sufriendo el bombardeo de sus sitiadores: en la primera de ellas comienzan á escasear las municiones, y las enfermedades causan numerosas bajas, á pesar de lo cual la guarnición sigue animada de un excelente espíritu y confía en que no tardará en ser liberada por las tropas de Buller.

Los afrikanders del Cabo se muestran cada día más hostiles á los ingleses y más favorables á los boers, en cuyas filas se encuentran todos los jóvenes que están en disposición de empuñar las armas.

cándose á varios deportes. Una agencia inglesa ha anunciado recientemente con gran formalidad una serie de *matches* de boxeo entre diferentes regimientos que ha sido seguida con el mayor interés por todas las tropas y en la cual ganaron tres magníficas copas de campeonato, ofrecidas por lord Methuen, los guardias escoceses, los granaderos de la guardia y los highlanders de Angyll y Sutherland.

Un periódico del Cabo calcula las fuerzas boers en unos 87.000 hombres: en este cálculo figuran 40.000 transvaalenses, 4.500 aventureros mercenarios y 8.000 *uitlanders*, extranjeros avecindados en el Transvaal. El Estado de Orange ha contribuido con 27.000 hombres, más 2.500 extranjeros allí residentes. El contingente de los afrikander del Cabo lo estima dicho periódico en unos 4.500. Los ingleses tienen actualmente en el Africa austral 120.000 hombres, número que dentro de poco se elevará á 180.000 con 400 cañones de distintos calibres. Y cuando estén

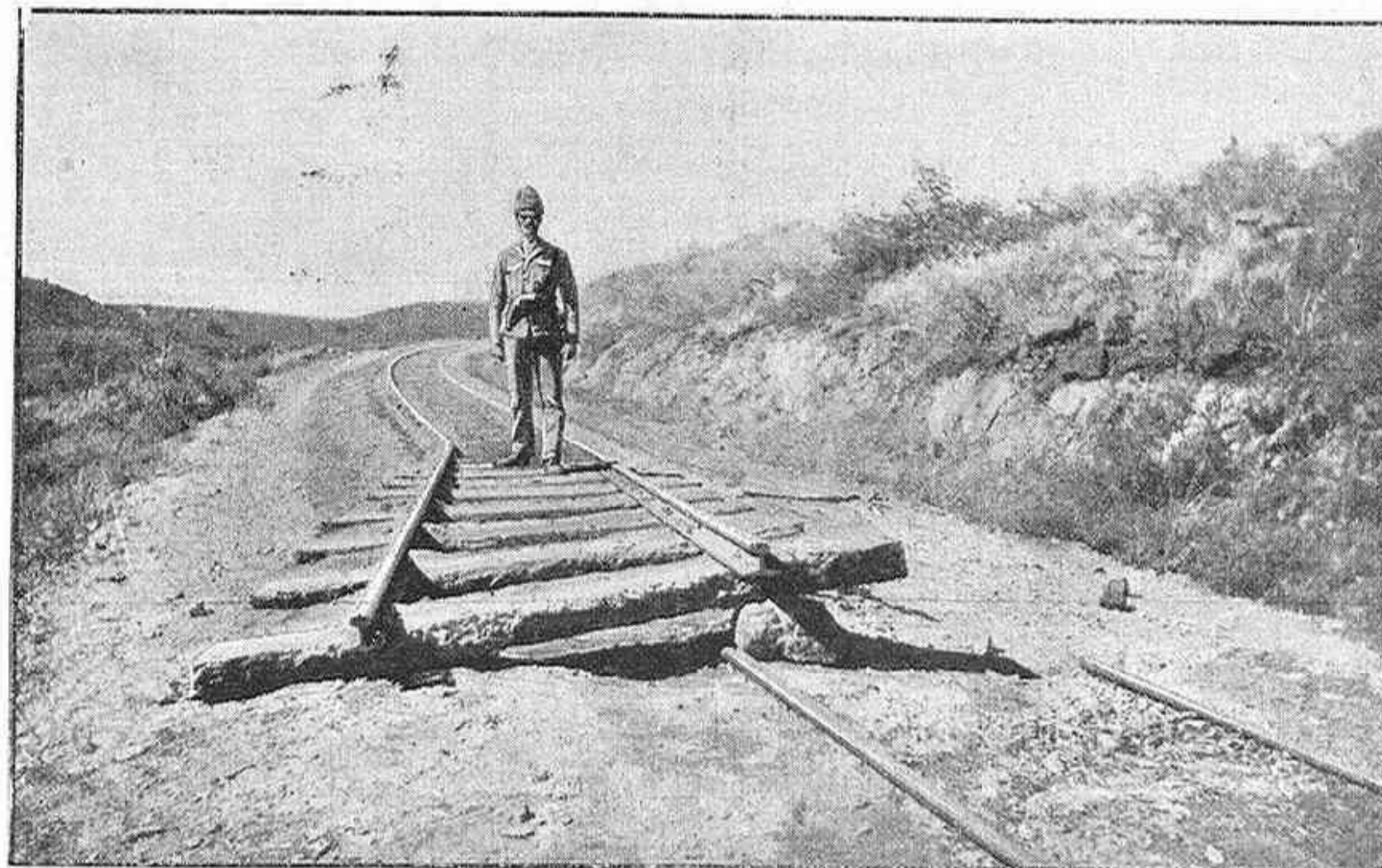
allí la octava división de infantería y una brigada de caballería que están á punto de partir, Inglaterra podrá disponer de 200.000 hombres.

Entre otros grabados referentes á la guerra publicamos los retratos de los generales Warren, Lyttelton y Woodgate y del coronel Dundonald, que fueron los que tomaron parte en el combate de Spionskop. Sir Carlos Warren, que mandaba la columna de la izquierda, es uno de los militares que más brillante hoja de servicios ostentan en Inglaterra; pertenece al cuerpo de Ingenieros, en el que entró en 1857. El general Lyttelton manda la cuarta brigada y fué el primero en pasar el Tugela el 16 de enero. El mayor general Woodgate, jefe de la novena brigada, mandaba las tropas que tomaron por asalto Spionskop, habiendo resultado gravemente herido. El coronel lord Dundonald, del segundo regimiento de la guardia, distinguióse también notablemente en aquella jornada al frente de la brigada de caballería; estaba retirado desde 1899, pero ha vuelto voluntariamente al servicio para tomar parte en la guerra. - A.



GUERRA ANGLO-BOER. - SOLDADOS INGLESES PESCANDO EN UN RÍO (de fotografía de J. E. Bruton, de Cape Town)

La columna de lord Methuen continúa en sus posiciones de Modder River, sin poder avanzar ni retroceder, pero sus soldados se divierten, y no pudiendo hacer otra cosa, se entretienen boxeando y dedi-



GUERRA ANGLO-BOER. - SISTEMA DE LOS BOERS PARA HACER DESCARRILAR LOS TRENES





LA RECOLECCIÓN DEL MAIZ EN VIGO, CUADRO DE FRANCISCO PRADILÁ



NUESTROS GRABADOS

**Crisantemos, cuadro de Carlos Pellicer.** — En muchas ocasiones hemos dicho que no necesita el artista apelar á grandes efectos para producir la emoción estética, que es el verdadero fin del arte, y el cuadro de Pellicer constituye una nueva demostración de ello; la figura de una linda muchacha y algunas flores han bastado al distinguido pintor catalán para pintar una obra que necesariamente habrá de agradar á cuantos la vean. *Crisantemos* es una composición verdaderamente encantadora y revela en su autor, aparte de los conocimientos técnicos, un gusto exquisito y un sentimiento altamente poético.

**El mejor parroquiano, dibujo de Fernando F. de la Mota.** — El distinguido artista gaditano Sr. Mota ha hecho un especial estudio de los tipos y costumbres de la gente de mar de aquella bellísima ciudad andaluza. Dotado de gran espíritu de observación, ha sabido asimilarse el modo de ser de aquella población marinera, y su claro talento y su dominio de la técnica le permiten trasladar á la tela ó al papel, con todos los encantos del original, lo que tan bien han visto sus ojos y lo que tan vigorosamente ha impresionado su alma. Buena muestra de estas cualidades nos ofrece el dibujo que publicamos, trazado con tanta soltura y naturalidad, que á las claras revelan cuán poco han intervenido en esta obra los artificios del taller y cuánto ha influido en ella la contemplación directa y en pleno aire de la escena con tanta verdad reproducida.

**La última corona, cuadro de E. Herpfer.** — Este cuadro encierra todo un poema de amor y de gloria que interrumpió bruscamente la muerte implacable, y que nos parece ocioso explicar, porque su mejor explicación está en el lienzo mismo. Al mirar la figura de esa joven agobiada por el dolor y regando con sus lágrimas el violín que entre sus manos estrecha, y al ver los objetos por el suelo y encima de los muebles esparcidos, nadie dejará de comprender el argumento de este poema, una de cuyas escenas culminantes ha trazado el pintor alemán Herpfer, presentándonos á la desolada viuda que se goza en re-erudecer su dolor con la contemplación de los recuerdos que de su gloria y de su amor le dejara su esposo. *La última corona*, por su vigor dramático, por su hondísimo sentimiento, por el talento con que su autor ha sabido huir de la afectación á que tanto se prestaba el asunto, y por las bellezas de forma que atesora, merece ser incluido entre los buenos cuadros producidos por la escuela alemana contemporánea.

**La recolección del maíz en Vigo, cuadro de Francisco Pradilla.** — El autor de *La rendición de Granada*, de *Doña Juana la Loca* y de tantas otras obras notables, verdaderas joyas de la pintura española contemporánea, se ha conquistado por sus méritos un puesto entre los que bien podemos llamar indiscutibles. Pradilla es de los pintores que dominan todos los géneros, y en todos ha obtenido brillantes triunfos y conquistado tan grande como merecida fama, así en España como en el extranjero. El cuadro suyo que en el presente número reproducimos es una composición digna de elogio bajo todos conceptos; el gran número de figuras y los motivos arquitectónicos que en él entran y el fondo de paisaje y con ser tantos los elementos acumulados por el pintor, no hay en el lienzo la menor confusión, teniendo cada uno su valor propio y contribuyendo en la medida de este valor al buen efecto total de la pintura.

**La bayadera, cuadro de José Echena.** — Forma parte Echena de un núcleo de artistas que en la Ciudad Eterna honran con sus producciones el arte patrio. No es un artista novel. Su nombre es ventajosamente conocido, puesto que han transcurrido ya algunos años desde aquel en que comenzó á dar gallarda muestra de sus aptitudes y recomendables cualidades. Varios son los géneros que ha cultivado y todos con singular aprovechamiento, conforme lo demuestran las recompensas otorgadas en público certamen. El cuadro que reproducimos, adquirido recientemente por un acaudalado coleccionista, revela el buen gusto y la maestría del artista, en cuya paleta se amasan tonalidades que cautiva y cuya habilidad obtiene primores de ejecución que sólo puede obtener quien, como Echena, posee la seguridad que sólo es patrimonio de aquellos que poseen sus envidiables cualidades.

MISCELÁNEA

**Bellas Artes.** — ROMA. — El ministro de Instrucción Pública de Italia ha presentado á la Cámara de Diputados un proyecto de ley relativo á la adquisición de la galería Borghese. Habiendo la familia Borghese solicitado autorización para enajenar aquella célebre galería, se ha llegado á una transacción en virtud de la cual el Estado adquiere las obras de arte que en la misma figuran por 3.600.000 liras: esta transacción es la que ha de ratificar la Cámara. En la exposición de motivos del proyecto se reproducen los dictámenes de tres ilustres críticos artísticos á quienes el ministro confió el encargo de valorar los cuadros. León Gaucher, historiador de arte francés, estima el

valor del conjunto de los cuadros en 11.903.585 liras; el profesor Guillermo Bode, director del Museo de Berlín, en 7.294.230; y M. Piancastelli, crítico de arte italiano, en 5.739.250. Según parece, la valoración más exacta es la de León Gaucher, puesto que según afirman personas inteligentísimas en Bellas Artes, sólo el cuadro *Amor terrenal y celestial*, de Tiziano, vale cuatro millones, y la *Inhumación*, de Rafael, una de las más hermosas

*Barcelona.* — Se han estrenado con buen éxito: en Romeu *Perdu per garsa*, graciosa comedia en un acto de Alberto Llanas; en Novedades *Gli amanti*, comedia en cinco actos de Donnay; en el Eldorado *Los buenos mozos*, zarzuela en un acto de los Sres. López Silva y Fernández Shaw, con música del maestro Chapí; y en la Granvía *La sala de armas*, chistoso juguete en un acto de Vital Aza, y *El sábado de Gloria*, zarzuela de los Sres. Casero y Larrubiera, con música del maestro Brull.

**Neurología.** — Han fallecido:

D. Federico Trémols, eminente botánico y químico, catedrático de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Barcelona, ex presidente de la Real Academia de Ciencias y Artes, miembro de la *Société Française de Géographie Botanique* y de otras corporaciones científicas nacionales y extranjeras.

D. Luis Royo y Villanova, distinguido escritor aragonés, redactor jefe del periódico madrileño «Blanco y Negro.»

D. Narciso Campillo, notable poeta y escritor, catedrático de Retórica y Poética del Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid.

D. Eduardo de Palacio, popular escritor, colaborador de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

D. Calixto Navarro, celebrado autor dramático y poeta cómico.

D. Vicente Romero Girón, eminente juriconsulto y político español, autor de varias importantes obras de Derecho, ex ministro de Ultramar y Gracia y Justicia, ex presidente del Consejo de Estado y senador vitalicio.

Luisa Levin, viuda del ilustre pedagogo Froebel, continuadora de la obra de su esposo.

J. de Groutars, notable helenista belga, profesor de Lengua y Literatura griegas y de Paleografía de la Universidad de Lovaina.

Luis Lebrun, celebrado pintor de historia belga, director de la importante Escuela de Dibujo de Alost.

Luis Bussler, distinguido escritor y crítico musical alemán, profesor del Conservatorio de Stern, de Berlín.

Domingo Farini, hombre de Estado italiano, presidente del Senado desde 1887 á 1899.

Guillermo Hauchecorne, notable geólogo alemán.

Guillermo Kemlein, notable pintor alemán.

Enrique de Rustige, célebre pintor de historia, de género y de paisaje alemán, director de la Galería del Estado de Stuttgart, y además notable poeta lírico y dramático.

Luis Trombetta, individuo del Sacro Colegio, uno de los seis cardenales diáconos.

Pedro Waage, ilustre químico noruego.

Dimitri Wassiljewitch Grigorowitch, celebrado escritor y pintor ruso.

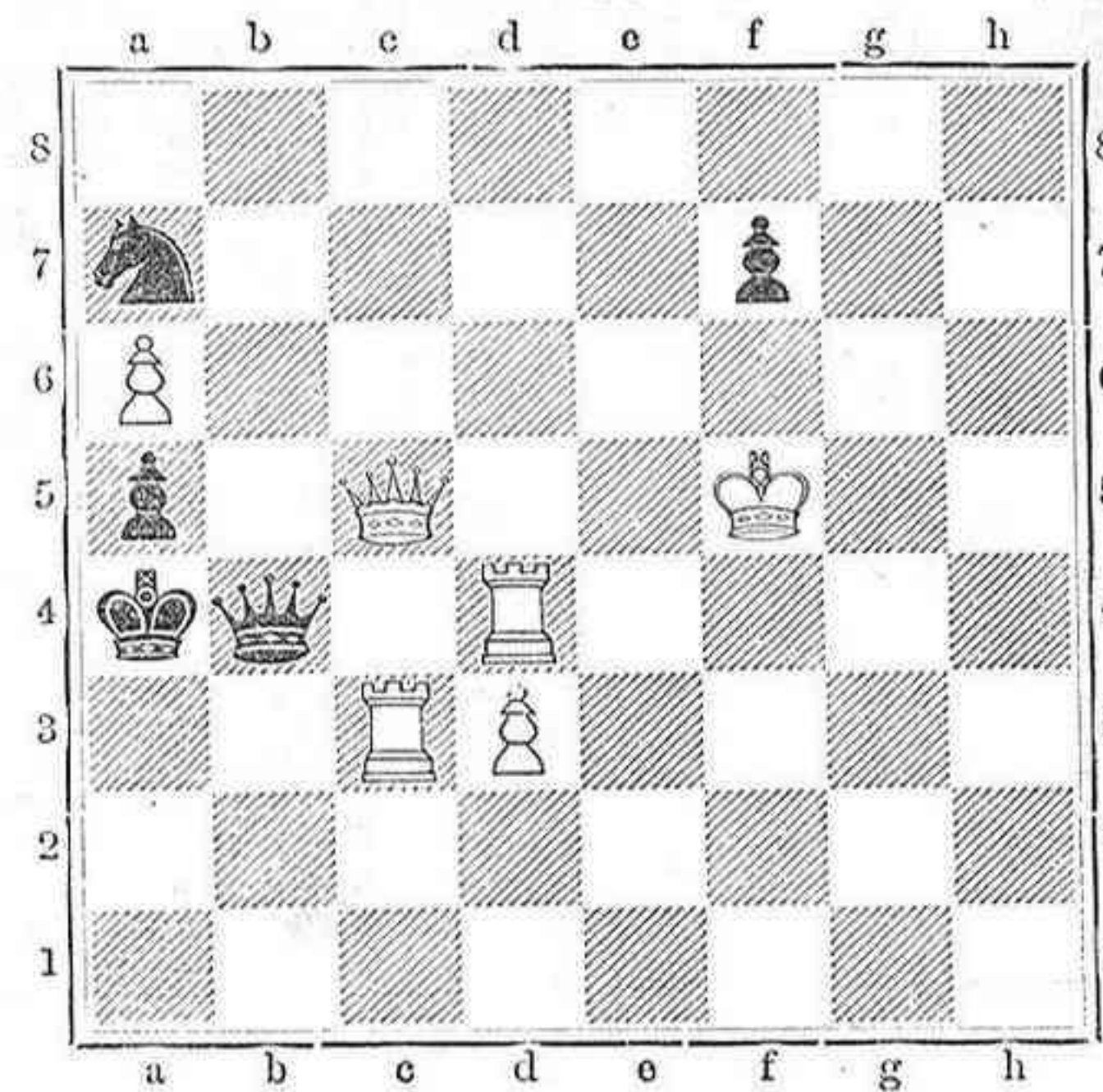
Hernán Eschke, notable paisajista y marinista alemán.  
Sir James Paget, médico de la reina Victoria, vicecanciller de la Universidad de Londres, uno de los primeros patólogos y cirujanos ingleses.

Los tribunales han condenado recientemente al fabricante de un cold-cream que hacía pasar su especialidad por la verdadera **CREMA SIMÓN**.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 182, POR W. A. SHINKMAN

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 181, POR J. DRTINA

- |                   |                |
|-------------------|----------------|
| Blancas.          | Negras.        |
| 1. Re2-c1         | 1. Cualquiera. |
| 2. D, C ó T mate. |                |



CRISANTEMOS, cuadro de Carlos Pellicer

obras de la época florentina del gran maestro, no debe estimarse en menos de 2.500.000 liras. El gobierno italiano ha hecho, pues, un magnífico negocio.

PARÍS. — Próximamente se inaugurarán en el parque Monceau los monumentos dedicados á Gounod y á Ambrosio Thomas: el primero, obra de Falguière, consiste en el busto del celebrado compositor, que corona una columna junto á la cual se ven el genio de la Música sentado al piano y las figuras de Margarita, Julieta y Safo; en el segundo, modelado por Mercié, está el autor de *Mignon* y de *Hámlet* sentado en una roca al pie de la cual se ve la figura de Ofelia.

VIENA. — Recientemente se ha expuesto en la Casa de Artistas de la capital de Austria un precioso relieve de 48 metros cuadrados de superficie, obra del escultor belga J. Lambeaux, que representa en un paisaje grandioso y formando grupos vigorosamente dramáticos todas las pasiones humanas. El odio y el asesinato, la danza y la seducción, la vergüenza y el arrepentimiento, el amor maternal y otros sentimientos y estados de ánimo del hombre se juntan en una composición llena de vida y formada por multitud de figuras sobre las cuales se ciernen la Muerte y el Destino.

MUNICH. — Los secesionistas munienses han verificado últimamente una exposición dedicada á Velázquez y á Donatello; el gran pintor español está representado por 150 magníficos grabados de la colección Kohl que reproducen las principales obras del autor de *Las Meninas*; del célebre escultor italiano hay 68 reproducciones en yeso.

**Teatros.** — En el teatro de la Corte, de Dresde, y en el Municipal, de Leipzig, se ha celebrado el tercer centenario del nacimiento de Calderón de la Barca, poniéndose en escena *El alcalde de Zalamea*.

— La censura de Dresde no ha permitido la representación de la comedia francesa *La dame de chez Maxim*.

*Madrid.* — Se han estrenado con buen éxito: en el Real *Raque*, ópera en cuatro actos, letra y música del maestro Bretón; en el Español *Juez y reo*, comedia en tres actos de D. Fernando Soldevilla; en la Zarzuela *El sábado de Gloria*, zarzuela en un acto y dos cuadros de los Sres. Casero y Larrubiera, con música del maestro Brull; en la Princesa *Predicar y dar trigo*, comedia en un acto de D. Eugenio Sellés (hijo); en Eslava *La alegría de la huerta*, zarzuela en un acto y tres cuadros de los Sres. Paso y Delgado, con música del maestro Chueca; y en Romea *Los amarillos*, zarzuela en un acto, arreglada del francés por los Sres. Flores García y Abati, con música del maestro Saco del Valle.



## EL OBSTACULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Lucy hizo una breve pausa para observar el efecto que sus palabras causaban en el ánimo de Roberto, y después continuó diciendo:

— Quiere reinar en su casa, y como en su casa vive usted y Maud también, sería menester que ésta se resignara á doblarse á una obediencia, muy dulce quizá, pero con la que no se conformará. No. Mad. Charmón no significa nada: cuando ella se vaya, surgirá otra cosa. Fijese usted en esa carta en que se les llama. Mad Le Clercq ha creído que debía invitar al doctor de Bois Saint-Marcel precisamente durante el viaje que están ustedes haciendo, el único momento en que han podido estar solos desde que se casaron. ¿No es esto significativo?

La primera parte de este razonamiento había dado que pensar á Roberto; la conclusión le zahirió. La diplomacia invasora de su madre, que él mismo había entrevisto, no era un misterio para la inglesa, que se atrevía á hablar de ella abiertamente. Irguióse y dijo con frialdad:

— Doy á usted las gracias por haber hecho lo que creía usted que podía serme útil. Reflexionaré en todo ello; pero conservo la convicción de que exagera usted la situación. Además, mi madre y María Magdalena me quieren lo suficiente para acallar sus querellas, si las tienen. Al querer dominar mi madre está en su derecho; su edad la autoriza para tratar á Mad como una niña, y creo que ésta sabrá someterse. No es tan fácil abandonar al marido como quien se separa de amigos, aunque sean íntimos, sin consentir en volverlos á ver.

Lucy Hartley saludó y se metió en la casa. Aquella misma noche partía para Tregastel, adonde la había precedido su camarera.

El doctor de Bois Saint-Marcel era un hombre simpático, de esos que no se resignan nunca á no agradar y que tan luego como dejan de ser jóvenes hacen esfuerzos infinitos para disimular los estragos del tiempo apelando á tintes, afeites y postizos.

El doctor había vivido mucho y frecuentado una sociedad empenachada, pero alegre. El número de personas á quienes llamaba «mi querido amigo» y á las cuales estrechaba la mano era increíble. Su filosofía era indulgente. Dióse muchas veces el caso de que entre estos «queridos amigos» encontrados en los sitios donde la gente se divierte, restaurants de moda, hipódromos, teatros, algunos habían acabado mal; uno, bolsista muy generoso y que parecía rico, había tenido que arreglar cuentas con los tribunales; otro, político poco escrupuloso, resultó convicto de

haber aceptado una crecida cantidad para hacer aprobar una ley; otros, periodistas, comprometidos en sucios negocios de *chantage*. A todos aquellos desgraciados, á quienes un destino severo había es-

lo, buena dentadura y bigotes retorcidos. El doctor fué mucho tiempo este ideal de algunas mujeres conocidas. No fué insoportablemente fatuo; era viudo, elegante y nada extraño es que tuviese partido.

Fué recomendado y protegido por sus amigas, y aunque su ciencia era tan escasa como su fortuna; consiguió que se le nombrara médico de dos grandes administraciones; también tuvo una clientela de señoras cuyas jaquecas y neurosis cuidaba con tacto. Gracias á todo esto, pudo llevar la vida que le gustaba, trabajando poco y divirtiéndose mucho.

Tuvo á su hija tanto cariño como podía sentir. A decir verdad, sólo una persona en el mundo le era absolutamente querida: él mismo. Pero como María Magdalena era graciosa, elegante, bonita, espiritual, le gustaba. La hizo educar por una respetable persona de edad madura, Mad. Jacob, que acompañaba á la joven á las clases, á los museos, á casa de su profesor de música y á la Opera cómica. La confiaba también á algunas señoras amigas, teniendo cuidado de escogerlas escrupulosamente, porque si todas las mujeres de aquella sociedad eran igualmente simpáticas, no todas eran igualmente recomendables.

M. de Bois Saint-Marcel, hombre feliz, para quien la vida había sido agradable y clemente, llegaba á la edad madura sin casi haber cesado de gustar, reemplazando su aire conquistador de otro tiempo con una actitud de amigo formal, de confidente afectuoso, papel que desempeñaba maravillosamente, sostenido por su carácter ligero. Sabía hacerse aparte

sin envejecer. No era uno de esos comparsas de tragedia incapaces de llegar á ocupar un empleo más interesante. No. Se conocía que quería retirarse discretamente al segundo término; que aún era digno de ser amado; que si quisiera, podría anteponerse á muchos hombres, más jóvenes, pero menos ingeniosos y graciosos que él. Su situación quedaba intacta. Tenía siempre invitaciones para pasar una temporada en diez quintas diferentes en todos los puntos de Europa. Podía á su albedrío ir al Norte, al Mediodía, á Bretaña; á Escocia, para cazar gallos de los brezos; á Rusia, para cazar lobos. En todas partes contaba con amigos.

En esa sociedad, con frecuencia se extraviaba más de un joven de elevada familia extranjera que no conoce la falsedad de situación de sus compañeros de placer. De Bois Saint-Marcel fué siempre amigo íntimo de estos jóvenes. Hubiera podido casar á su hija con algún título sonoro, quizás no muy auténtico, ó con algún manejador de dinero y de ideas, fastuoso



Lucy hizo una breve pausa, y después continuó diciendo:

cogido entre otros cien no menos culpables que ellos, el doctor mostraba compasiva benevolencia. Comprendía que el afán del lujo y de la vida elegante los tentara. Conocía los apuros de dinero, la terrible penuria que es preciso ocultar, so pena de zozobrar inmediatamente.

Aquella alegre sociedad bohemia, mezcla de financieros, de caballeros de industria y de algunos imbéciles, víctimas designadas de las que viven, es amable y acomodaticia. Tan sólo exige de sus miembros que se presenten bien, que lleven un nombre sonoro y que puedan gastar dinero.

M. de Bois Saint-Marcel poseía escasa fortuna que tuvo la prudencia de no mermar. Era de pequeña nobleza, pero auténtica, y sabía decirlo, negligentemente. Tenía buena presencia, y ese porte suelto y gracioso, sostenido por un espíritu bastante brillante que agrada á las mujeres más que una gran belleza. Para muchas, el ideal es un hombre de cierta fealdad, espiritual y fino, de frente despejada, monócu-



como un mercader de petróleo americano. Pero tan prudente en esto como lo había sido en todo, había preferido aliarse con una familia de buena y rica burguesía, seria, inatacable en cuanto á origen, honorabilidad y relaciones.

Las amigas de María Mad la habían compadecido al ver que se enterraba en una provincia, pero su padre no había vacilado. O la inseguridad del porvenir con gentes como las que trataba su padre, duques de oropel y financieros sospechosos, ó la riqueza y la consideración aseguradas en una pequeña ciudad en donde la esposa de Roberto Le Clercq brillaría en primer término. Era preciso que aquella familia de honrados provincianos ignorara lo que es la vida de París para ir á buscar una alianza en aquella sociedad un poco pasada.

Un parisiense no se habría extraviado en ella, y la verdad era que Roberto, que había cometido una imprudencia casándose en semejante círculo, había tenido la suerte más inesperada escogiendo precisamente á María Magdalena, que estaba dotada de mucha formalidad y de gran lealtad de carácter. Quizás ninguna de las jóvenes de aquella sociedad valía tanto como ella. Había en aquella naturaleza, hecha de honradez tranquila y de horror á las aventuras, un poco de atavismo, según decía el doctor.

La madre de María Mad había sido una burguesa de raza, de gustos y de costumbres. Después de su muerte fué cuando de Bois Saint-Marcel contrajo definitivamente relaciones que habrían desagradado á su mujer. Se había casado con ella, un poco porque le gustaba, y mucho porque era hija de un profesor de la Facultad de medicina, muy instruido, muy influyente, que podía proporcionar á su yerno elevados puestos. Por desgracia este profesor murió poco después del casamiento de su hija, y de Bois Saint-Marcel, que no había tenido ánimo ni voluntad para encumbrarse por su solo trabajo, buscó en los salones el apoyo que necesitaba, y no pudiendo ser grande hombre, se contentó con ser hombre á la moda; no pudiendo ser un maestro, con ser un médico de señoras.

No echó de menos á su hija cuando ésta se trasladó á la provincia. Observaba un género de vida muy poco casero para notar mucho su ausencia. Adquirió la costumbre de almorzar en su casino y de comer en las casas de sus amigos. No teniendo ya á María Magdalena para protegerla, vivía más libre que nunca y gozaba de esta libertad con delicia. Además, aquel casamiento ventajoso le había dado importancia á los ojos de ciertas personas, y librándole de las inquietudes que alguna vez tenía, á pesar de su carácter indolente.

Cuando el doctor de Bois Saint-Marcel envejeciera lo bastante para no poder continuar aquella vida, cuando no tuviera dientes, ni pelo, ni imaginación; cuando padeciera reumatismos, gota y dolores de estómago, encontraría un buen nido donde acabar su vida, tomando tisanas y cuidado confortablemente, cosa que probablemente no le habría permitido su fortuna personal. En lugar de una obscura medianía final, podría hasta el fin gozar de un lujo que se le había hecho tan necesario como el aire que respiraba.

Por esto afectaba el mayor aprecio y estimación á Mad. Le Clercq. La admiraba, ponderaba la buena suerte de su hija que vivía con una persona tan perfecta por todos conceptos. Y cuando la anciana señora le escribió invitándole á pasar una temporada en Montpazier, se apresuró á aceptar, aunque la perspectiva le pareciese poco divertida y tuviese ya hechos sus preparativos para su viaje á Escocia; pero era de esas personas inteligentes que sacan partido de las contrariedades con la mejor voluntad del mundo. Sabía aburrirse cuando era menester, y sacrificar su placer inmediato por una ventaja seria.

Llegó á Montpazier á los dos días de haber regresado su hija y sin sospechar que había servido para devolver al hogar doméstico á dos jóvenes cuya rebelión se temía.

Mad. Le Clercq recibió á su nuera con su amable sonrisa de los primeros días, mostróse con ella solícita y afectuosa; sintió haberse visto obligada á interrumpir tan agradable viaje, y en compensación prometió sufragar los gastos de una excursión por Italia en el verano próximo, excursión en la que, naturalmente, acompañaría á sus hijos.

Había aprovechado la corta ausencia de María Magdalena para cambiar el mueblaje del tocador de su nuera, convirtiéndolo en una habitación suntuosa, tapizada de telas de la China, bordadas de bandadas de golondrinas negras; en la mesa de tocador, un hermoso servicio de plata con las iniciales de María Magdalena; un gran armario de luna, un sillón largo, forrado de raso botón de oro sobre el cual se ostentaba una magnífica manta de nutria, echada negli-

gentemente. Aquel tocador parecía combinado con arreglo á las descripciones caprichosas de los novelistas del género mundano. Allí reinaba cierta exageración de lujo. María Mad, que tenía mucho tacto, conoció que no reinaba un gusto muy puro. Recordó haber visto una cámara de aquel género en casa de una señora amiga de su padre, una baronesa rusa, bastante excéntrica, con todo el aspecto de *divette* de teatro de tercer orden.

La pareció volver á ver á aquella baronesa haciendo efectos de flexibilidad y de movimientos felinos en una marquesita del mismo color botón de oro, con un perrillo, una caja de bombones, pañuelos de encaje y un libro en el suelo. Aquella visión se le había quedado impresa en la memoria, y la idea de parecerse en algo á la baronesa le desagradó. Pensó que su suegra carecía de tacto; con tal que los objetos adquiridos costaran caros, se le figuraba estar en regla con el buen gusto.

María Magdalena volvió á ver á su padre con verdadero placer. Confiaba en él, que como diplomático sutil tal vez pudiera modificar el estado de las cosas. Naturalmente, contó con él para esto. ¡Qué poco conocía á aquel amable egoísta!

Mad. Le Clercq se apoderó del doctor prodigándole palabras afectuosas, con lo cual le hizo pasar muchos días verdaderamente crueles. Le presentó á muchas señoras patrocinadoras de sociedades benéficas de la que ella misma era presidenta. Para ella fué un verdadero triunfo pasear al doctor en sus visitas oficiales, escoltado por todo el estado mayor de las venerables damas de parroquia, llevándolo á ver las casas cunas, orfanatos y demás asilos de su incumbencia.

El desdichado de Bois Saint-Marcel tuvo que asistir á fiestas dadas en su honor; fiestas infantiles en que los chiquillos le recitaron fábulas, cantaron coros y desfilaron por delante de él. Tuvo que dar consejos sobre la alimentación de las criaturas, indicar el mejor aparato de esterilización de la leche y la higiene que se debía observar en las epidemias de tos ferina. Le enseñaron criaturas enfermas, éticas, escrofulosas, apenas vivientes, que hubo de reconocer, palpar y auscultar.

A pesar de la gran limpieza de las salas, reinaba allí un olor acre y nauseabundo; olía á leche, á vaquería... y á otra cosa.

Mucho trabajo le costó al doctor conservar una actitud amable. Cuando se le pidieron algunas recetas para todos aquellos pequeños miserables, de sangre viciada, tentaciones le dieron de gritar: «Arrojadlos á todos al río, con lo cual se ahorrarán muchas miserias. ¡Vaya una buena obra, empeñarse en salvar la vida á futuros pordioseros!»

Durante estas visitas, María Magdalena sentía la misma repulsión que su padre.

Muchas mujeres no tienen cariño á los niños, en el sentido absoluto de la palabra. Alguna, que amará mucho á su hijo, aun enfermizo, no podrá sufrir á otras criaturas que nada tengan que ver con ella y que son repugnantes y delicadas. En aquella atmósfera apesada, María Mad se llevaba á la cara su pañuelo perfumado con esencia de violetas, recogiendo las sayas por temor de rozar con alguna inmundicia, semejante á una gata que, caída en el barro, no sabe por dónde empezar su limpieza.

Al salir de uno de aquellos establecimientos, el doctor, verdaderamente fatigado, dió el brazo á su hija y le dijo:

— Nena, salgamos juntos.

Mad. Le Clercq, ocupada en dar órdenes y en tomar notas con sus acólitas, se quedó en el orfanato.

Desde que el doctor estaba en Montpazier, era la primera vez que se encontraba solo con su hija; pero ni siquiera se le ocurrió provocar alguna confidencia de ésta..., la veía rica, atendida, figurando en primer término en la ciudad; no podía, pues, menos de ser feliz.

— Tu suegra es una mujer muy cumplida.

María Mad no contestó, y se contentó con alargar los labios haciendo una imperceptible mueca de disgusto.

— Buena, complaciente y llena de atenciones para ti. ¿Sabes que me ha sorprendido ver las comodidades que hay en su casa..., en la vuestra? Un lujo un poco pesado, pero sólido, seguro, cierto. Se conoce que no es una de esas fortunas como he visto tantas, aparecidas como los hongos en un día de lluvia y desaparecidas todavía más pronto. Hija mía, te he casado bien. Lady Briggs me ha hablado de ti el otro día y te compadecía por vivir en provincia. Mientras ella te compadecía, yo veía que de un ángulo de un cajón asomaba papel sellado. Lady Briggs se va echando á perder; su tez se aja; adquiere el aspecto de una momia á la que se le van rompiendo las vendas, amarilla, seca. Esas bellezas tan delica-

das duran poco. Ahí la tienes ya madura para el Ejército de Salvación.

María Magdalena escuchaba distraída aquella charla; se llevaba á su padre hacia las orillas del sucio río que atravesaba el barrio obrero. Las calles sombrías, de altas casas sórdidas, con ventanas sin cortinas y puertas repugnantes, estaban llenas de chiquillos que jugaban lanzando gritos penetrantes.

— ¡Qué población tan fea!, dijo el doctor. Esa masa de gente sucia y necesitada es el único lado desagradable de esta ciudad. La casa de tu suegra está situada maravillosamente: el jardín es hermoso y el invernadero de las camelias muy bien cuidado. ¡Oh! ¡Te he casado bien!

Se regocijaba de su obra tan sencillamente, estaba tan contento de haberse portado como buen padre, que María Mad no se atrevió á decir nada todavía. El doctor continuó:

— No siento haber venido, á pesar del fastidio de las obras caritativas. Estoy satisfecho de haber visto por mí mismo que eres feliz. Iba á marchar á Escocia, cuando recibí la carta de Mad. Le Clercq. Iré cuando me vaya de Montpazier. Claverhouse, ya sabes quién es, aquel Claverhouse á quien le parecías tan bonita y que te hacía el amor, me ha invitado á ir á verle dentro de quince días. Cazaremos y pescaremos. Parece que aquello es muy hermoso... Debía hacer el viaje con Leandri, el barón Carolus Leandri, que tocaba el violín y cuya mujer daba veladas á las que asistía toda la gente desocupada de París... Pues bien, ese pobre Leandri, que por otra parte es un buen muchacho, ha sido sorprendido haciendo trampas en el juego y por poco lo matan.

Era en el círculo de Petits Vernis. En una palabra, ha tenido que escapar más que de prisa. Su mujer está desesperada; era de una familia muy apreciable. Todo su dote devorado: separación de bienes. Se han informado un poco tarde y se ha averiguado que el tal Carolus no era barón, ni Carolus, ni Leandri, sino un antiguo profesor de piano, que ha ido volando por todas partes, Viena, Milán, San Petersburgo, y se llamaba Benito á secas. ¡Es espantoso! Yo te he casado mucho mejor. Ahí tienes á lo que uno se expone casándose con un aventurero. De suerte que me veo obligado á viajar solo. ¡Pobre Leandri! ¿En qué lodo se va á meter? La verdad es que me da lástima. He visto tanto, que acaba uno por cansarse.

María Mad, recordando que había sido recibida muchas veces en casa del barón Leandri, salido en coche con la baronesa, haber visto en su casa muchas personas de la misma calaña, pensó que habría podido casarse con un aventurero de aquella clase. Para ella fué una fortuna el haber encontrado á Roberto, haberle gustado, y que la hubiera sacado de aquel círculo en que estaba expuesta á promiscuidades desagradables, al disgusto de ver en la *Gaceta de los tribunales* al amigo de ayer condenado por robo ó estafa y encarcelado en Poissy... Pero ¿no habría medio de adquirir un poco de libertad?, ¿el derecho de vivir en su propia casa y de obrar por sí misma?..

Habían salido de la población; ante ellos se prolongaba hasta el horizonte un largo camino polvoriento, plantado de castaños y plátanos. A su derecha, las cimas redondeadas con pequeños pinares y hayas formaban una hermosa masa obscura. Se encaminaron hacia aquel lado, y María Mad, animándose, dijo con voz un poco temblorosa:

— Al menos, Mad. Leandri ha sido feliz algunos años. Ha llevado la vida que le gustaba.

— ¡Bah! replicó el doctor, una vida vacía. Placer fatigoso. Yo estoy disgustado de ella, sí... Tal cual me ves, estoy resuelto á variar... dentro de algunos años..., á cambiar de círculo, de amigos, de existencia. Mira, vendré á vivir aquí. La ciudad no es desagradable, se pueden tener relaciones gratas y seguras... Eso ya es algo. Me siento un poco humillado cuando le sucede á un amigo mío una aventura como la de Carolus. Aquí no hay que temer nada de eso. Y estoy muy satisfecho de que te trates con mujeres más formales que las que conocías en París.

Entonces, María Magdalena, viendo que su padre no quería comprender, dijo resueltamente:

— Me aburro, me aburro soberanamente.

El doctor la miró azorado, y notó en su rostro una expresión obstinada que conocía por haberla visto, aunque rara vez, en algunos casos en que había tenido que ceder ante ella.

— ¡Que te aburres! ¡Es una niña! Necesitas un poco de tiempo para acostumbrarte á la vida tranquila de Montpazier. Pero no has de echar de menos á París; allí ya no te divertirías. Casi todas tus amigas se han marchado: la condesa Czyska está en Florencia; lady Briggs va á volver á Londres, echada de París por sus acreedores; Lidia Kuranine está en Siria con la loca de la condesa Adalgieri; la pobre ba-



ronesa Leandri se ha vuelto muy fastidiosa y pasa el tiempo con los abogados. No, no te divertirías.

- No es Montpazier lo que me aburre, replicó María Mad meneando su rubia cabeza.

- ¿Pues qué? ¿Supongo que no será tu marido?

- No. Es mi suegra.

De un bastonazo el doctor cortó la cabeza de una amapola que había al borde de una zanja.

- Está bien. Habría debido prever que dos mujeres no pueden vivir juntas en paz. Tu suegra es una mujer excelente.

- Insoportable.

- Te colma de obsequios.

- Y me tiene en tutela; no estoy en mi casa, sino en la suya. No me consulta para nada; me censura y me reprende por todo; critica, analiza y modifica mis gustos, mis sentimientos, mis deseos. No puedo con la bondad de Mad. Le Clercq. No quiero sus regalos, no quiero sus amabilidades; quiero ser dueña de mí misma.

María Magdalena dijo todo esto con extraordinaria vehemencia. El doctor, aterrado, tenía la cara de un hombre que acaba de poner el pie en un lazo, y se encuentra cogido de un modo desagradable. Ante él apareció todo un orden de hechos que no sospechaba, y preguntó maquinalmente:

- ¿Y Roberto?

- Roberto está en el juzgado ó en su despacho; Roberto no es un marido, sino un hombre de negocios. No he podido estar sola con él sino ocho días y Mad. Le Clercq se ha apresurado á abreviar este tiempo. Además, Roberto es un hijo muy respetuoso al que le parece muy natural que yo esté sometida en todo á su madre. ¡Soy tan joven!

El doctor había soltado el brazo de su hija. De pie ante ella la contemplaba muy ansioso. Se habían detenido en el bosque, en medio de un sendero alfombrado de musgo.

- Vamos á ver, dijo en tono firme. Tú estás nerviosa, lo comprendo. La visita al orfanato es capaz de ocasionar una crisis á una mujer un poco delicada; yo mismo no me siento muy bien. Al volver á casa tomarás un poco de éter; diez gotas en un vaso de agua.

- No estoy enferma, lo que tengo es que soy desgraciada, replicó Mad. Por favor, padre, no tomes la cosa á broma. Te aseguro que Mad. Le Clercq, no obstante lo buena que cree ser, me tiene oprimida. No hay cosa desagradable que no me haya hecho, riñéndome como á una niña, aun delante de extraños. Sin ir más lejos, escribe á Lucy Hartley que ha pasado aquí algunos días; pregúntale su opinión y ya verás.

- Lucy Hartley es una original, una mujer sin seso.

- No siempre la has juzgado así.

El doctor hizo un ademán de impaciencia.

- En fin, ¿qué quieres que haga? Estás casada con un hombre inteligente, rico y que te ama mucho; no te veo tan digna de lástima. ¿Dices que tu suegra es desagradable para ti? Es porque no has sabido atraerla. Sé amable, dóblégate un poco á sus exigencias. Eres bastante lista para dar con el medio de granjearle su cariño y vivir á tu capricho. ¡Qué diantre! Para ser feliz hay que tomarse también un poco de trabajo. ¿Crees que se nos presenta la felicidad sin que uno se esfuerce por encontrarla? ¡Cuántas cavilaciones, disgustos y zozobras he tenido yo, á quien todos citan como hombre feliz! Tu suegra es buena; te quiere mucho; esta misma mañana me lo decía. ¿Que es un poco autoritaria? ¿Y qué te importa si sólo procura hacerte feliz? No tienes que hacer más sino vivir tranquila; ni siquiera tienes la molestia de dirigir una casa. Gozas de un domicilio lujoso donde todo marcha admirablemente, de criados muy decentes, de hermosos caballos, de carruajes cómodos, de trajes elegantes; recibes á lo mejor de la ciudad, das comidas maravillosas, sin tomarte el trabajo de ordenarlo todo... ¡Y aún te quejas! ¡María Mad, eres una ingrátula! Me recuerdas al gran vizconde de Courcharies, que me decía el otro día...

- Papá, es preciso que pidas á Mad. Le Clercq que nos deje vivir solos á Roberto y á mí.

El doctor la miró petrificado.

- ¡Yo!.. Que yo... ¡Ca! No cuentes con que yo me meta en cosas que no me importan.

- ¡Cómo! ¿Mi sosiego ó mi malestar no te importan?

El doctor, á pesar de su bondad acostumbrada, se enfadó con esa vehemencia de indignación que estalla en los egoístas cuando defienden su tranquilidad.

- ¡Tu ventura! ¡Tu desgracia! Grandes palabras por nada. No vengamos con tragedias. Te disgustas por algunas fútiles querellas de mujer; si yo no pongo orden en ello, te veo dispuesta á echar á perder el bonito porvenir que te he preparado con trabajo; pero no te estimularé por ese camino. ¡No vivir en casa de tu suegra! ¿Cómo se te ha ocurrido eso? ¿Y de qué vivirías? ¿Llegaría Roberto á atender á vuestras necesidades? ¿Cuánto gana? Estoy seguro que ni siquiera seis mil francos. ¿Y qué harías con eso? Ni siquiera tendrías bastante para tus trajes y tus gastos menudos. Pronto te cansarías de esa dichosa mediaña, que es la peor miseria. ¡Una mujer acostumbrada á satisfacer todos sus caprichos, á ser servida, adula-

tamente una situación brillante á causa de una estúpida terquedad. ¡Separarte de tu marido! Pues Roberto no me parece hombre débil: sería capaz de no venir á buscarte. Y entonces, ¿quieres decirme lo que harías, y si te parece envidiable la situación de una mujer separada de su marido? No, nada de tonterías como esa. ¡Si ese pobre Roberto oyera á su mujer hablar así á los tres meses de matrimonio!..

Mad. Le Clercq se mostraba más amable que nunca desde la llegada del doctor: conocía que en este hombre simpático tenía un apoyo, un partidario seguro. María Magdalena veía que su padre se le escapaba, porque para darle á entender bien que no se proponía sostener en nada su causa, afectaba la mayor solicitud para con su suegra. Continuamente le hacía relatos y le trazaba retratos humorísticos sobre sus conocidos de París; el asunto era inagotable, y á la verdad, si M. de Bois Saint-Marcel hubiera tenido humos de literato, habría sacado de sus recuerdos materia para muchas novelas, unas cómicas, otras muy sombrías, pero todas de un estilo agradable.

¡Oh! En aquellas conversaciones de las veladas en que se entretenía en hacer gala ante su complaciente auditorio de una verbosidad fácil, ¡cuántos tipos extraños, raros, no sospechados de Mad. Le Clercq y de su hijo, desfilaron como en una especie de linterna mágica! Príncipes válacos, marquesas italianas, cantatrices suecas, baronesas polacas, princesas rusas, bailarinas españolas, todas las nacionalidades, todas las variedades del cosmopolitismo, de la intriga, de la caza al placer y al dinero. Pero gente divertida y en su mayoría de buena imaginación; interesantes por el lado pintoresco y bohemio de su vida; porque si, entre aquella galería de nombres sonoros, había algunas realidades de fortuna y de situación, ¡cuánto más numerosos eran los aventureros adornados de títulos de pega, que vivían de expedientes y después de cierto esplendor desaparecían de pronto en algún cenagal!

Roberto, que en un principio escuchaba con gusto al doctor, ya no oía sin cierto desagrado sus picarescos relatos. ¡Cómo! ¿Aquel era el ambiente en que había vivido María Mad antes de casarse? ¿Qué amigas podía tener en aquella sociedad? ¿Era la condesa Csyska, una loca saturada de espiritismo y de esoterismo, que escribía artículos insensatos en unas revistas que se titulaban *El Eco de la tumba* y *La Voz del más allá*, ¿esa eslava que tomaba por lo serio las más sorprendentes revelaciones de mediums charlatanes y se asustaba de sus propios escritos?

¿Era Lidia Kuranine, una rusa que afectaba llevar cabellos cortos, vestirse de hombre, y constituía una curiosa muestra de esa raza nueva, aparecida hacía poco tiempo, la mujer exploradora?

Lidia, que había visto mucho, contaba con tranquilo aplomo y sin suavizar sus frases particularidades curiosas sobre los pueblos salvajes vistos por ella, en el curso de sus viajes; había hecho estudios de medicina, y fumando cigarrillos, escribiendo relatos, no retrocediendo ante ningún detalle de costumbres, era más bien un estudiante que una joven.

¿La condesa Adalgieri? Una neurótica de otro género. En una situación extraña, separada de un marido á quien nadie conocía, aburriéndose, buscando distracciones; hoy, ausente de París para explorar la Siria en compañía de Kuranine; ayer, entregada á la pintura simbolista; mañana, ensayando composiciones musicales ó fundaciones de obras piadosas.

¿Sería lady Briggs? Desacreditada en todas partes, como decía el doctor, habiendo contraído deudas y sembrado tantos acreedores en todas las capitales de Europa, que ya no sabía adónde dirigir sus pasos, se veía bien pronto obligada, por medida de seguridad, á ir á esos países orientales en que Kuranine y la condesa italiana paseaban entonces su curiosidad.

Sí, una serie de figuras semejantes no era tranquilizadora. O María Magdalena no tenía ninguna amiga, lo cual era bastante inverosímil, ó se había relacionado con aquellas mujeres desarregladas. Había asistido á aquellas sesiones de espiritismo estúpido; había acompañado á la Adalgieri á los talleres de artistas extravagantes que pintaban *almas*; había oído las conferencias de la Kuranine y fumado cigarrillos con ella. Había tratado á todas aquellas mujeres desviadas de su camino; por consiguiente debían parecerle naturales y sencillas ciertas acciones que él y toda persona criada en una atmósfera tranquila y familiar debían tener por reprensibles.



Se habían detenido en el bosque, en medio de un sendero alfombrado de musgo

da, cuidada, á vivir bajo un pie de cincuenta mil francos anuales, y que se reduciría á ser una burguesa necesitada!.. ¿Irías á la compra, te coserías los vestidos, repararías los calcetines de tu marido? Vaya, vaya... Me he enfadado y he hecho mal; debería reirme. Es un arranque de puerilidad. Ante de dos meses te darías por satisfecha de ajustar las paces con tu suegra, y eso sí que sería humillante. Vale más seguir como estás que dejar la casa para pedir luego humildemente volver á ella.

María Magdalena había vuelto la cabeza durante esta dura respuesta. Al inclinarse hacia ella, el doctor vió que lloraba.

- No faltaba más que eso, dijo muy contrariado. Ya sabes que me es imposible ver llorar á una mujer. Reprímeme por favor. Deberías evitarme estas escenas.

Cogió la mano de su hija, se la puso debajo del brazo y echó á andar en dirección de la ciudad.

- No vayas llorando por la calle. Y en cuanto al paso que querías que diera, no cuentes con ello, te haría un flaco servicio. Sería muy inconveniente por mi parte atreverme á agitar semejantes cuestiones con tu suegra. Puesto que no puedes vivir sin su auxilio, te es forzoso aceptar su presencia. De tu incumbencia es arreglarte para que no te sea molesta.

María Mad, exasperada, puesta en el disparadero, dijo deteniéndose y plantándose delante de su padre.

- Haré lo que pueda. Pero suponga usted que en definitiva no pueda entenderme con mi suegra, ¿me recibirá usted en su casa?

Bois Saint-Marcel se mordió los labios.

- Esa pregunta no debería hacerse. Esta mujer habla de separarse de su marido como de una cosa muy sencilla.

- Respóndeme, papá.

- No tengo por qué ocuparme de semejante eventualidad.

María Magdalena se puso pálida.

- Es decir, que no tengo en el mundo un sitio donde pueda considerarme en mi casa...

- Mad, hija mía, dijo el doctor algo conmovido, me aburres ya. Es indudable que si llegarás á encontrarte sin casa ni hogar, no te dejaría en medio de la calle.

Mad abrazó á su padre.

- Pero, añadió éste sintiendo otra vez el recelo de las complicaciones y reprimiendo su enternecimiento, no quiero prever ni admitir semejante eventualidad. No me mezclo en nada, y te aconsejo que no pierdas



El doctor no supo jamás qué brecha abrió en el cariño confiado que Roberto tenía á su mujer.

A decir verdad, si María Magdalena había atravesado un camino fangoso, no conservaba ningún vestigio de él. Era sencilla, buena y simpática; pero ¿no tendría esta apariencia por un hábito de educación y un sentido femenino de astucia? Por vez primera sospechó Roberto que tal vez no fuese su mujer una niña sin más preocupación que las cosas triviales de la vida diaria. Se exageró, con una estrechez de miras un tanto provincial, la fealdad de aquella sociedad y la influencia que podía haber ejercido en María Mad. No por eso la quiso menos, pero desconfió de ella. Pensó que había sido una imprudencia el buscar una mujer en un círculo donde se había introducido por casualidad y cuyas interioridades no conocía. Admitió que su mujer no tenía comparación con aquellas damas desarregladas que había conocido, pero se decía también que convenía tenerla sujeta; que dada semejante educación, apenas podía tener principios sólidos que conservan la honradez en toda su rectitud; y en fin, que era una suerte para ella el estar bajo la dirección de Mad. Le Clercq.

No dejó de notar que María Magdalena estaba cansada de que se fiscalizasen todas sus acciones, y aun había pensado que su madre abusaba algo; pero ahora decía para sí que esta fiscalización era conveniente, y que no toleraría que su esposa quisiera sacudir una autoridad tan necesaria.

Por lo que hace á Mad. Le Clercq, oyó con mucho gusto todos aquellos relatos; no solamente por la entretenida verbosidad del que los contaba, sino porque también vió muy claras las consecuencias de aquellas revelaciones. Sí, por la actitud de su hijo comprendió el trabajo que se verificaba en su ánimo, y que su propia influencia resultaba robustecida.

Mad no tenía ya ninguna esperanza de encontrar apoyo en sus protestas; ni en su marido desconfiado ya, ni en su padre. Hablaba éste tan á menudo de los atractivos de la vida de provincia y de su deseo de descansar dentro de algunos años, que la inteligente anciana comprendió muy bien el deseo de aquel egoísta que se proponía construir su nido allí donde la vida le sería agradable y fácil.

Mad. Le Clercq decía que su huésped era un hombre muy simpático; le prodigaba toda clase de atenciones y abrumaba á María Magdalena á fuerza de elogios. Pensó que en estas circunstancias se le presentaba una ocasión favorable para dar un golpe de Estado que meditaba hacía tiempo. Despedir á la impertinente camarera de María Mad, á aquella Estela que parecía desafiarla con sus sonrisas y su socarrona finura, que había gozado al ver su decepción el día en que por vez primera sus hijos quisieron rebelarse almorzando en su cuarto.

La anciana no era mala; tan sólo se hacía esta idea de la felicidad: una vida lujosa, hijos sumisos, un público de admiradores de su verdadera generosidad; y ella, reinando sobre toda aquella gente cual buen tirano que reparte á manos llenas su fortuna y sus beneficios. Es muy cierto que al querer acaparar á María Magdalena no se proponía oprimirla; al contrario, la colmaría de regalos y haría de ella la mujer más envidiable de la ciudad: no exigía más que un pequeño sacrificio muy natural, la abdicación de su voluntad.

Pidió á María Magdalena que le prestara á Estela para servir á la mesa, por estar enfermo el criado que solía desempeñar este cometido. Estela entró en funciones; era despejada y lista como las parisienses del pueblo.

Mad. Le Clercq le dió sus órdenes durante muchos días con tono arrogante y seco, á propósito para exasperar á aquella muchacha, acostumbrada al trato amable de María Mad.

Una tarde, una hora antes de comer, Mad. Le Clercq, criticando el peinado de Estela, que llevaba el cabello rizado, ondeado y con agujas doradas, acabó por intimarle la orden de que para servir se pusiera un gorro blanco, más conveniente para una muchacha de su condición.

— Siempre me he peinado así, y Mad. Roberto no me ha hecho ninguna observación, contestó Estela con acento de disgusto.

— Cuando esté usted en las habitaciones de mi nuera, obre usted como ella desee; pero para servir en las mías, me obedecerá usted.

Después de estas palabras pronunciadas con sequedad, Mad. Le Clercq salió y subió al coche para ir á buscar á su nuera á casa de Mad. de la Pallière y llevarla á una ceremonia solemne cuya sola perspectiva fastidiaba grandemente á María Mad. Era una sesión de la Academia de Arqueología, que presidía el venerable M. Maignan, el cual iba á leer en público su Memoria sobre la lavandera de Enrique IV.

Mad. Le Clercq encontró en casa de Mad. de la Pallière, no tan sólo á Mad, sino también á Bois Saint-Marcel, que quería mucho á aquella dama y estaba en su casa tan á gusto como en un sitio familiar.

— Ella y su marido son dignos de figurar en mi colección de amigos, decía á su hija. Y figurarán en ella sin duda, formando el más gentil matrimonio bohemio que puede verse. Pero una bohemia dorada. La mujer no desea, no sueña, no ve más que una cosa: vivir en París. Con su carita de modistilla, muy empolvada y sus lustrados cabellos, podrá ocupar un sitio marcado en cierta sociedad. Es bastante agraciada y nada tonta, á pesar de su fanatismo por París y de sus proceder equívocos. En cuanto al marido,



Mme. de la Pallière

su bonachona jovialidad le da cierta apariencia con un mozo de labranza contento. Por fortuna, su mujer es intrigante y le guiará. Y cuando esté en París, comprenderá que sus afeites y su lenguaje particular han de sufrir alguna modificación. Tiene unos ojos capaces de incendiar un arcópag; y se ejercita tan picarescamente *in anima vili* sobre su marido, sobre el viejo Maignan, sobre Darlot que la examina con la lente y sobre mí que estoy gastado. ¡Oh! Tiene una risita y cierto movimiento de párpados, que aunque no son naturales, no por eso dejan de ser más perversos y entretenidos. A su picardía se une cierta inexperiencia que tiene bastante de chusca.

María Magdalena no veía tantas cosas en madame de la Pallière; la consideraba como una mujer no muy fastidiosa que hablaba mucho, que la interrogaba sobre su vida en París, que hacía acertadas combinaciones de telas para ser elegante á poca costa, y tenía una casa que se apartaba de la fría trivialidad de las que había visto en todas partes, muy correctas y monótonas.

Correcta, ¡oh!, no; la casa de los Pallière no lo era, pero tampoco monótona ni fastidiosa. Todo era allí original desde cierto punto de vista. Desde el vestíbulo, en donde Gerardo había colocado lámparas, pantallas, sombrillas de papel japonés y horribles divinidades africanas, talladas en trozos de madera de hierro, hasta el salón, donde tropezaban en extraña aglomeración sillones tan duros como masas de granito, mesitas pintadas, aves disecadas, ratones de felpa que trepaban por los cortinajes, monos de bronce que bajaban del techo, arañas artificiales, que tejían su tela en el ángulo de los espejos; un gran lujo de flores campestres; manojos de cardos en las paredes, algunas hierbas en todas partes en simples cacharros de barro encarnado pintados por Gerardo.

Porque Gerardo tenía la monomanía de la pintura. Las paredes desaparecían bajo sus ensayos de paisaje; fabricaba porción de cacharros, de pantallas, de jarros, de cachivaches con los que perseguía á sus amigos. Era uno de esos seres aterradores de los cuales se dice: «Sabe sacar partido, haría un puchero con una zapatilla.» La habitación estaba llena de pruebas de su habilidad, de esas chucherías de papel

plegado ó de cartón pintado, rodeado de cintas, que parecen accesorios de cotillón baratos. En el piano colocado en un rincón, Gerardo, que solía ayudar á su mujer á recibir, tocaba valsos ó cantaba con ella arias de opereta, canciones sumamente vivas, propias para escandalizar á la mayor parte de las señoras que los visitaban.

Cuando Mad. Le Clercq entró, la joven, acompañada por su marido, cantaba con agria voccecita y mucha intención una canción tan ligera que María Magdalena tenía deseos de marcharse. El doctor estaba entusiasmado.

— ¡Es magnífico! Tiene usted precisamente la voz que se requiere: acidulada. ¡Y un talento!.. Haría usted furor en un teatro de género... La canción es bonita.

Mad. Le Clercq se pellizcó los labios.

— Un poco... adelantada.

— Y aun pudiera decirse trasnochada, replicó Mad con una de esas salidas que hacían reír siempre á su marido. A esas canciones se las llama canciones sin reserva..., más bien se las debería llamar canciones sin camisa.

El doctor se encogió de hombros.

— No le hagan ustedes caso. Ya verán cómo necesitará algo de Verdi: el *Trovador* ó la *Traviata*.

Clara de la Pallière quiso acompañar á sus amigos á la sesión. Gerardo, que seguía siempre á su mujer, fué á buscar un cuaderno para hacer las caricaturas de los arqueólogos individuos de la sociedad. Invitada por Clara, María Magdalena la acompañó á su cuarto, donde iba á ponerse su sombrero, dejando á M. de Bois Saint-Marcel haciendo observar á madame Le Clercq el desbarajuste de aquella casa.

Al ver el cuarto de Clara, Mad pensó que no habría hecho entrar á nadie en semejante recinto. Cortinas sucias; una panoplia de pipas ahumadas puesta sobre un espejo salpicado de manchas como una piel de tigre; sillas viejas, tan viejas que era preciso sentarse en ellas con precaución para no caer; cajones entreabiertos en los que asomaban las cosas más heterogéneas; guantes viejos, pedazos de puntilla, cintas ajadas, cajas de fósforos, borlas para polvos y hasta una nariz de cartón que Gerardo se había puesto en el último carnaval. Y armarios entreabiertos, donde los montones de ropa blanca se derrumbaban sobre los sombreros y donde zapatos de raso usados fraternizaban con un abanico y un manojito de flores artificiales.

Mad. de la Pallière, muy á su gusto en medio de aquella confusión, charlaba, reía, cantaba, hacía ruido por cuatro mientras se vestía y sin reparar en el asombro de María Magdalena. Si el doctor hubiera visto aquel cuarto, la habría tenido por una mujer más bohemia todavía, con sus gustos de desorden y su indiferencia por el desaseo íntimo, con tal que lo que estaba á la vista, el salón, el vestíbulo y el comedor, tuviesen cierto aspecto aparatoso.

Llegaron al teatro donde se celebraba la sesión; en el escenario algunos caballeros de avanzada edad estaban sentados alrededor de M. Maignan, el cual, ante una mesa y un vaso de agua, repasaba por última vez su extensa Memoria sobre la lavandera de Enrique IV.

María Magdalena se alegró de ir acompañada de los la Pallière, que no la dejarían aburrirse, él haciendo las caricaturas de todos aquellos mandarines escudriñadores de papelotes antiguos, y ella, riendo, bromeando y burlándose de las personas que allí había.

Darlot entró también en el palco, y estrechando la mano del doctor y de Mad, les anunció que al día siguiente marcharía á Bretaña.

— Sí, deseo ver á Tregastel... Su amiga de usted dice que es tan bonito...

María Magdalena se sonrió.

Habíase abierto la sesión. M. Maignan, con voz gangosa y con cómico entusiasmo, leía un opúsculo de aterradora extensión; al principio reinó un silencio cortés; pero muy luego, ante el terrible vacío de la interminable memoria, empezaron las conversaciones, al principio en voz baja, luego en un murmullo continuo, con idas y venidas de puertas abiertas, de visitas hechas de un palco á otro; los colegas de M. Maignan dormitaban y apenas le escuchaban; no se despertaron hasta su frase final, después de tres cuartos de hora de lectura, y la ceremonia continuó, pues cada uno de aquellos señores tenía que leer algún erudito trabajo sobre ilustres desconocidos cuya existencia nadie había sospechado hasta entonces. Y cada uno de aquellos buenos térmites no se despertaba hasta que tenía que leer su propia obra, para volver á dormirse después ó marcharse de allí calladamente.

(Continuará)



LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EL ANUARIO DE LA EXPORTACION PARA 1900. - La casa «A. Catusís en comandita» de Barcelona, ha publicado esta obra, que es importantísima para el comercio. Forma un tomo de 2.280 páginas que contiene, entre otras cosas, las direcciones de las casas de comercio de las principales naciones de Europa y la América latina, estadísticas de importación y exportación, Aranceles de Aduanas de diferentes naciones de Europa, Africa y América; tarifas internacionales de transportes por ferrocarriles, tarifas de contribución industrial, de correos, telégrafos, pa-

quetes postales y cédulas, pesas, medidas y monedas corrientes en todos los países, información consular, índices de profesiones é industrias, geográfico, etc. Véndese á 10 pesetas para los suscriptores y á 12'50 para los que no lo son, en la Sociedad de Publicidad Mercantil, Cortes, 219, 1.º, Barcelona.

ENSAYO LITERARIO. - Colección de interesantes trabajos sobre el arte, la ciencia, la literatura, la beneficencia, la industria y la educación en la República Argentina, escritos por Dolores García, Mercedes Galarza, Jovita González Gallardo, Elcira Florito, Felina Romero é Indalecio Alvarez Hayes, alumnos de la Escuela Normal Mixta de Goya. Este folleto ha sido impreso en Goya en la imprenta Ina Mochi.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

*Pel y ploma*, semanario catalán ilustrado que se publica en Barcelona; *Catalonia*, semanario nacionalista liberal catalán político, literario y de crítica artística que se publica en Barcelona; *La Medicina Científica en España*, revista mensual barcelonesa de alcaloidoterapia y medicina práctica; *Revista Contemporánea*, publicación quincenal matritense; *Letras de Molde*, semanario literario que se publica en Madrid; *Porta-Celi*, periódico semanal valenciano propagandista del sanatorio de su nombre; *La Bista*, semanario satírico granadino; *Miscelánea*, semanario ilustrado matritense; *Rayos X*, revista quincenal ilustrada de Ciencias, Literatura y Bellas Artes que se publica en Sevilla.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para, rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris. *Exigir la Firma WLINSI.*  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

de los **JORET Y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas *Afecciones del Corazon, Hydropsias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.*  
Empleado con el mejor éxito  
*El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.*  
**G GELIS & CONTE** *Grageas al Lactato de Hierro de*  
*Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.*  
**Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN** *HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.*  
Medalla de Oro de la Sa<sup>d</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris  
LABELONYE y C<sup>a</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

**GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN**  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.  
*Exigir en el rotulo a firma*  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

El único Legítimo  
**VINO DEFRESNE**  
con **PEPTONA**  
es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.  
PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf  
Y EN TODAS FARMACIAS.

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
*Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.*  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO Pepsina Boudault**  
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
PREMIO DEL INSTITUTO AL D'CORVISART. EN 1856  
Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
1867 1872 1873 1876 1878  
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS  
**DISPEPSIAS**  
**GASTRITIS - GASTRALCIAS**  
**DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**  
**FALTA DE APETITO**  
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO. de PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT**  
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
y en las principales farmacias.

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL APIOL** de los Dres **JORET Y HOMOLLE**  
CURA **LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**  
FABRIANI 150 R. RIVOLI PARIS  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**ACRITUD DE LA SANGRE BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
**Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.**  
El MISMO al Yoduro de Potasio.  
**TRATAMIENTO Complementario del ASMA**  
Soberano en **Esta, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis.**  
102, Rue Richelieu; Paris. Todas Farmacias del Extranjero.

LA **HARINA MALTEADA VIAL**  
**AUTODIGESTIVA**  
es la única que se digiere por si sola.  
Recomendada para los **NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE**, así como durante la dentición y el crecimiento, como el alimento más agradable y fortificante. Se prescribe también á los estómagos delicados y á todas las personas que digieren difícilmente.  
PARIS, 8, Rue Vivienne,  
Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**  
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
SOBERANO contra **ASMA**  
**CATARRO, OPRESIÓN**  
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
30 AÑOS DE BUEN ÉXITO  
MEDALLAS ORO y PLATA.  
MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

**Jarabe Laroze**  
**DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**  
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljas, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
**DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS**  
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S<sup>u</sup>-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.





La bayadera, cuadro de José Echena

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +  
**DE APIOL DE JORET Y HOMOLLE** REGULARIZAN LOS MENSTRUOS  
 CAPSULAS DE LOS DE JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS  
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS  
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEGRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUNOUZE-ALBESPEYRES  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION  
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Las  
 Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
 DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
 DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



**CEREBRINA**  
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS  
**JAQUECAS y NEURALGIAS**  
 Suprime los Cólicos periódicos  
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS  
 En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias  
 Desconfiar de las Imitaciones.

◀ ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE ▶  
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de exito.

**VINO AROUD**

**CARNE-QUINA-HIERRO**  
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR  
 prescrito por los Médicos.  
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las Cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.**  
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**  
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias  
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.